

DECRETO DE BEATIFICACIÓN

Ó DE DECLARACION DE MARTIRIO DE LOS XXII SERVIDORES DE DIOS

Carlos Louanga, Matías Murumba y sus compañeros, condenados á muerte en odio á la Fe en el país llamado Uganda (Africa Central)



UANDO el Soberano Pontífice León XIII confió al cardenal Lavignerie, Arzobispo de Argelia, el encargo de establecer y sostener en el corazón del Africa centros de evangelización, dicho prelado fundó en el mismo Argel una Sociedad de misioneros llamada *Padres Blancos*.

En el ardor de su celo, estos obreros apostólicos llevaron entonces y llevan hoy hasta el centro del Negro Continente los beneficios de sus obras y la gracia divina de los Sacramentos.

Pero, en ninguna parte, su santo ministerio obtuvo tan buenos frutos y primicias tan notables como en el Vicariato de Nyanza septentrional, y particularmente en el estado de Uganda.

En efecto, allí, como si dijéramos al día siguiente de su iniciación en los preceptos evangélicos y de su regeneración bautismal, veintidós neófitos, gloria de la raza negra, casi todos en la flor de la edad, y todos miembros de la corte del rey Muanga, testimoniaron un sublime desprecio á las riquezas y á las seducciones mundanas, sufrieron, por defender la ley de Cristo y guardar su amor, los más horribles tormentos y ofrecieron generosamente el sacrificio de sus vidas en agradable holocausto á Dios.

Necesario es que los nombres de estos héroes, que sufrieron bajo el reinado de Muanga (de 1885 á 1887), sean proclamados en orden cronológico y con una breve indicación de su martirio.

I. *Denis Sebuggwao*, paje del rey, primera víctima de la persecución; fué atravesado de una lanzada por el mismo Muanga, por haber enseñado la religión cristiana.

II. *Carlos Luanga*, paje del rey, bautizado el 16 de Noviembre de 1885, muere después de largo y cruel suplicio (quemado vivo), invocando el nombre de Dios.

III. *Bruno Seronkuma*, soldado del rey, bautizado el 18 de Noviembre de 1885, muere rezando durante las torturas de flagelación y de la hoguera.

IV. *Mgagga*, paje del rey, joven catecúmeno, bautizado cuando era más violenta la persecución por el arriba citado Luanga; se ofreció heroica y resignadamente al verdugo que le entregó á las llamas.

V. *Gonzalo Gonsa*, paje del rey, bautizado el 17 de Noviembre de 1885, muere de una lanzada, después de haber, por su fe y su constancia, admirado al mismo verdugo.

VI. *Matías Murumba*, anciano, investido con las

funciones de juez, abrazó el catolicismo después de adherirse sucesivamente al islamismo y al protestantismo; bautizado el 28 de Mayo de 1881, pereció de cruelísima muerte en la colina de Kumpala (Sebariolja) en castigo de su fervor en practicar y propagar la verdadera fe.

VII. *Andrés Kagwa*, paje del rey, cuyos méritos le habían promovido á la dignidad de primer jefe, siendo neófito ganó con su celo religioso numerosos prosélitos. Bautizado el 3 de Abril de 1881, fué acusado y juzgado por el *Katikiro* (ministro del rey), que le condenó á que le cortasen la cabeza y un brazo.

VIII. *Noé Maaggali*, amable y piadoso servidor de Mkovenda, bautizado por él, entregado por orden del rey á los perseguidores de cristianos, que le mataron á lanzadas.

IX. *José Mkasa*, bautizado el 3 de Abril de 1881, jefe de la casa de los pajes reales, apreciado de todos y del mismo rey, del cual era consejero, víctima de las calumnias del *Katikiro*, se le cortó la cabeza el 16 de Noviembre de 1885 y su cadáver fué quemado.

X. *Poncio Mgoobré*, paje del rey, bautizado el 18 de Noviembre de 1885, fué encarcelado y muerto de una lanzada en Mugunnu el día 26 de Mayo de 1886, por haber contestado afirmativamente á esta pregunta: "¿Sabes rezar?"

XI. *Anastasio Badzeczuketta*, paje del rey, bautizado el 17 de Noviembre de 1885, ardiendo en santos deseos de martirio; murió apaleado furiosamente el 27 de Mayo de 1886.

XII. *Jaime Buzabaliao*, soldado del rey, bautizado el 18 de Noviembre de 1885, muere en la hoguera rezando por sus verdugos, el 3 de Junio de 1886 en Namuyongo.

XIII. *Kizito*, paje del rey, más joven que sus compañeros, hijo de uno de los mayores señores del estado, arrestado el mismo día de su bautismo, entregó su alma á Dios en las llamas, confesando su fe el día 3 de Junio de 1886.

XIV. *Ambrosio Kibuka*, paje del rey, bautizado el 17 de Noviembre de 1885, preso después de una grandiosa profesión de fe cristiana en presencia de Muanga, fué quemado vivo el 3 de Junio de 1886.

XV. *Kyavira*, paje del rey, catecúmeno, preso el mismo día de su bautismo por Luanga; fué entregado á las llamas 7 días después (el 3 de Junio de 1886) en Namuyugo, murió repitiendo su profesión de fe.

XVI. *Aquilo Kwanuka*, paje del rey, bautizado el 17 de Noviembre de 1885, tan admirable de cons-

20 de Octubre de 1912

tancia en la hoguera como en la prisión, murió en Namuyongo el 3 de Junio de 1886.

XVII. *Adolfo Roudigo-Mkasa*, paje del rey, bautizado el 17 de Noviembre de 1885, confesó su fe en presencia del rey en la cárcel y en el fuego; fué quemado vivo en Namuyongo el 3 de Junio de 1886.

XVIII. *Mkasa Kilwannu*, paje del rey, catecúmeno, hecho prisionero por declararse cristiano, fué quemado vivo en Namuyongo el 3 de Junio de 1886.

XIX. *Anastasio Kiligavajjo*, paje del rey, bautizado el 17 de Noviembre de 1885, rehusa la oferta que le hacía Muanga de un cargo muy honorable, afirma su adhesión á los dogmas cristianos y muere en la hoguera en Namuyongo el 3 de Junio de 1886.

XX. *Mbaga Turzindé*, paje del rey, arrestado al mismo tiempo que Luanga después de bautizado por él, es terriblemente apaleado y arrojado á las llamas después de su profesión de fe, entregando su alma á Dios en la colina de Namuyongo el 3 de Junio de 1886.

XXI. *Lucas Banabakinta*, bautizado el 28 de Mayo de 1881, fué preso y condenado á la hoguera por haber defendido el nombre cristiano, el día 3 de Junio de 1886.

XXII. *Juan María Mzée*, bautizado el día 1.º de Noviembre de 1885, persona honrada, consejero de sus compañeros, todos más jóvenes que él. En el curso de una epidemia mortal, se sacrificó con abnegación heroica al servicio de los enfermos á los que anima, instruye y bautiza en su última hora. Lo que ahorra y lo que le rinden pequeñas industrias, le da medios para rescatar niños y jóvenes á los cuales se esfuerza en instruir.

Su celo por la religión, *crimen* imperdonable, motiva su prisión. Sufrió generosa y alegremente la pena capital en el curso del mes de Enero de 1887.

Este resumen muestra suficientemente la importancia de la causa y los resultados que se pueden esperar para el aumento de la gloria de Dios y para el afianza-

miento y desarrollo de la fe católica en el Africa central.

De ahí el proceso del Ordinario sobre el nombre y las causas del martirio de los citados servidores de Dios en el Vicariato de Nyanza septentrional.

Las actas de este proceso fueron transmitidas á la Sagrada Congregación de Ritos con los documentos históricos y las cartas del Cardenal Lavigerie, Arzobispo de Cartago y de Argelia, del Obispo Livinhac, vicario apostólico de Nyanza, y del P. Dourdel, misionero de Argelia, estando todo pronto y arreglado para que la cuestión sea tratada, á demanda del R. P. Luis Bustín, procurador general de la Sociedad de Misioneros de Argelia y postulador de la Causa...

Su Eminencia el Cardenal Domingo Ferrata, ponente de la Causa, el 13 de Agosto de 1912, sometió al comité ordinario de la Sagrada Congregación de Ritos, reunido en el Vaticano, la pregunta siguiente: «¿Se debe firmar la Comisión de introducción de la Causa en el caso y para el fin de que trata?» Y los Eminentísimos miembros de la Congregación de Ritos, después de haber oído al Cardenal ponente y haber estudiado las comunicaciones orales y escritas del Ilmo. Sr. Alejandro Verde, Promotor de la Fe, todas las cosas cuidadosamente pesadas, han contestado *afirmativamente, es decir, la Comisión debe firmarse, si Su Santidad lo aprueba*. 13 de Agosto de 1912.

Habiéndose presentado á nuestro Smo. Padre Pío X un detalle de lo indicado, por el abajo firmado secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, Su Santidad se ha dignado firmar por su mano la Comisión de introducción de beatificación ó de declaración de martirio de los veintidós venerables servidores de Dios, Carlos Luanga, Matías Murumba y sus compañeros, juzgados y condenados á muerte en odio de la fe en el Estado de Uganda (Africa central). — 14 de Agosto de 1912.

FR. SEBASTIÁN CARD. MARTINELLI,
Prefecto de la S. C. R.

† PEDRO LA FONTAINE,
Ob. de Carysto, secretario.

Una limosna por amor de Dios

PARA LA COSTA DE ORO

Misiones Africanas de Lyon

Paulus Pellet, Episcopus titularis Rittiymnensis, Præpositus Generalis Societatis Missionum ad Afros, dilecto nobis in Christo Simeoni Albeniz, presbytero ejusdem Societatis, missionario Vicariatus Apostolici Littoris Aurei. — Africa.

Quam misere Africani populi servituti barbariæ et idolatræ subiaceant, jam a multis annis non ignoras. Huic tantæ miseriæ, ut optime nostri, nostri muneris est, quantum possumus succurrere et operam dare istis populis ut ab agresti et impio cultu ferisque moribus ad omnem civilis vitæ humanitatem traducti, e vitiorum cœno et umbra mortis ad divinum Evangelii lumen ad-

ducantur. Quod ut efficiatur, sacris operariis plura subsidia et auxilia sunt suppeditanda.

Quapropter, quum Nobis perspectum sit quantum cordi habeas res istarum nostrarum Missionum, tibi curam committimus pncsidia colligendi pro tua Missionis Littoris Aurei.

Enixe te commendamus charitati Episcoporum, et Clericorum præsertim almæ patriæ tuæ Hispaniæ, eosque reverenter rogamus ut executioni mandati tui dignantur favere velint.

Datum Lugduni, ex ædibus nostri Seminarii die 22.ª mensis Septembris 1912.

† PAULUS PELLET,
Eps. tit. Rittiym, Sup. Gen.

Pablo Pellet, Obispo titular de Retiym, Superior General de la Misiones Africanas, á nuestro querido hijo en Jesucristo, Simeón Albeniz, sacerdote de la misma Sociedad, misionero del Vicariato Apostólico de Costa de Oro. Africa.

Muy sabido lo tienes, desde hace tiempo, cuán grandes sean la bárbara esclavitud y la idolatría en que gimen sumidos los pueblos del Africa. Como bien lo sabes, es nuestro deber socorrerlos en tanta miseria y trabajar para que dichos pueblos, sacados de un culto tan impío y salvaje y de costumbres tan sanguinarias, lleguen á la completa dignidad de una vida culta y pasen del seno de los vicios y de la sombra de la muerte á la luz del divino Evangelio. Para que tal fin se consiga, es necesario proveer á los sagrados operarios con muchos socorros y recursos.

Por lo tanto, sabiendo lo mucho que te interesa todo lo que se refiere á nuestras Misiones, te confiamos el encargo de recoger recursos para tu Misión de Costa de Oro.

Encarecidamente te recomendamos á la caridad de los señores Obispos y Sacerdotes de tu patria España, en particular, y respetuosamente les suplicamos se dignen ayudarte en el desempeño de tu cargo.

Dado en Lyon, de nuestro Seminario el 22 de Septiembre de 1912.

PABLO PELLET,
Obispo de Retiym, Superior General.

Acababa de pasar una temporada en mi querida patria y el aire puro, sano y vigoroso de los montes de Navarra habían logrado devolverme las fuerzas perdidas en Africa, después de cuatro años de penosos trabajos pasados en tierras sumamente malsanas, muy acertadamente llamadas por los ingleses, *Sepulcro del blanco* (the withe man's grave), y otra vez disponíame á volver á mis queridos negritos de Costa de Oro y seguir trabajando en la parte de la viña del Señor confiada á mi celo y solicitud, cuando mis Superiores han dispuesto otra cosa, según lo indica la carta que precede á estas líneas. Por ella veo que Dios no quiere que vuelva al Africa por ahora sino que, al sacrificio que gustoso hiciera un día al abandonar patria, familia y amigos y vivir y morir desterrado entre gente salvaje, añada el no menos meritorio de hacerme Mendigo de los negros, es decir, más y más su servidor y esclavo, yendo por las ciudades de España, de puerta en puerta solicitando la caridad de las almas buenas y caritativas. Tal es la voluntad de Dios, y de todo corazón pronuncio mi «fiat» dispuesto á no dejar piedra sobre piedra para venir en ayuda de los valientes entre todos los valientes, de aquellos heroicos soldados que forman la vanguardia del ejército de Jesucristo y que llamamos misioneros. Con mucha razón dice Lacordaire que «morir en víctima voluntaria es el supremo esfuerzo del bien, de la virtud y del amor.» A ellos les toca morir víctimas de climas mortíferos, cuando no del odio y furor satánico de los hombres; á nosotros nos incumbe el deber de mandarles el vaso de agua que nos piden.

Así, pues, queridos amigos de los Misioneros, muy pronto se presentará á vuestra puerta el que escribe estas humildes líneas. Es uno de los dos mil sacerdotes

misioneros que, hoy día, trabajan á la conversión del tenebroso é inmenso continente africano. Convencido está de que en muy pocas casas ha de oír el egoísta «Dios le ampare, hermano,» sino que todos, por el contrario, os gloriaréis amparando y asistiendo en lo que podáis á este nuevo mendigo por Dios y las almas.

Termino repitiendo las palabras de San Dionisio Areopagita: «Entre todas las obras divinas, la más di-



R. P. SIMEON ALBENIZ

de las Misiones Africanas de Lyon, misionero de la Costa de Oro (Africa)

vina es cooperar con Dios á la salvación de las almas.»

Siéndome imposible avistarme con todas las personas caritativas y amigas de los Misioneros, como así lo desearía, los donativos para la Misión de Costa de Oro se pueden dirigir á la redacción de las *Misiones Católicas*, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.

S. ALBENIZ,
Misionero Africano.

NOTICIAS VARIAS

Madagascar Central.

Un monumento y un sanatorio.—El Rdo. P. de Laune, de la Compañía de Jesús, Vicario apostólico, nos escribe desde Tananarive con fecha 17 Julio de 1912:

«Voy á recomendar á vuestra caridad dos obras muy interesantes para la Misión de Madagascar Central.

Es la primera la construcción de una iglesia dedicada á San Francisco Javier.

Sabido es que el presente es año cincuentenario, y que termina en Noviembre. Hemos pensado que sería conveniente dejar un recuerdo durable de un aniversario que nuestros queridos Malgaches han celebrado con piedad. ¡Qué mejor recuerdo que una iglesia!

Tananarive posee seis parroquias, y este número es hoy insuficiente porque la villa va ensanchándose. Es, pues, con-



LIBERIA (AFRICA OCCIDENTAL).— *Un pueblo del interior.*— Reproducción de fotografía enviada por el R. P. García

venientísimo construir otra en un barrio populoso muy alejado de las demás parroquias. La dedicáramos al Apóstol de las Indias, al cual Su Santidad en 1909 nombró «celeste Patrón de la Propagación de la Fe.»

Este sería el monumento del cincuentenario: invitamos á los amigos de las Misiones á que nos ayuden á construirlo.

La segunda obra es de otra naturaleza, y aunque parece es sólo de necesidad material, sin embargo también alcanza á las almas.

En Madagascar Central, los Padres, una vez llegados á la Misión, no vuelven más á Europa. Sólo descansan cuando lo exige la enfermedad.

Un cambio de aire, conveniente siempre, es á menudo el único remedio contra el paludismo.

¿Pero á dónde ir para cambiar de aire? La palabra *sanatorium* es algo pretenciosa; nosotros no queremos emplearla. Una casa construída al pie del Ankaratra, región elevada y muy sana, una casa sencilla, compuesta de determinadas habitaciones, nos sería suficiente; y la podríamos tener muy barata ensanchando una casita que tenemos en el lugar indicado. Los gastos no pasarán de 3,000 francos. ¡No es mucho! Pero siempre que se trata de hacer algo extraordinario, nos vemos apurados, pues nuestro humilde presupuesto

apenas si es suficiente para los gastos ordinarios. Recorro, pues, á la caridad de los lectores de *Las Misiones Católicas.*

Estados Unidos.

Nueva iglesia española en New York.—El día 21 del pasado Julio tuvo lugar en New York la dedicación de una iglesia española á Nuestra Señora de la Esperanza, siendo oficiante el Emmo. Cardenal Farley. El terreno y la mitad de los fondos para el edificio han sido donados por un tal Archer M. Huntington, fundador de la «Hispanic Society of America.» Una señora, por nombre María de Dowling, ha contribuído con 50,000 duros para la decoración y mueblaje interior, y la familia de un tal Penfield ha sufragado los gastos del altar y barandilla de la Comunión. Su Majestad Alfonso XIII ha donado una maciza lámpara de plata dorada, y con este regalo vino también de España un magnífico cuadro de la Sagrada Familia, obra del renombrado Joaquín Sorolla. El no menos afamado pintor Zuloaga está trabajando otro cuadro. El *Via Crucis* es otra donación de un tal Mr. F. Ryan. Dicha iglesia, construída en estilo de Renacimiento español, está á cargo de los Padres Agustinos de la Asunción, que atienden á las necesidades espirituales de los católicos españoles residentes en New York.

Perú—Lima.

Nueva residencia de los Padres Dominicos.—Copiamos de *El Santísimo Rosario*: «Mi propósito al dirigirle ésta era únicamente comunicarle la noticia de la nueva residencia que hemos adquirido aquí en Lima. Adquisición de mucha importancia para estas Misiones; necesitábamos una casa en la capital del Perú que nos sirviera de base y centro de operaciones. Pero no se veía el modo de ocurrir á esta necesidad, hasta que Dios providencialmente quiso remediarla.

Y fué que habiendo quedado vacante la capellanía del Santuario de Santa Rosa, que desde la independencia había sido confiada á los sacerdotes seculares, la Orden, á quien antes perteneciera, trató de recuperarla. Mas, á pesar de todos los esfuerzos y diligencias, el Gobierno, de quien dependía su provisión como patrono, parecía indeciso y se temía fundadamente que volviera á parar á manos extrañas. Entonces intervino nuestro Padre Prefecto, y logró se la adjudicaran perpetuamente á la Prefectura de las Misiones de Urubamba. De esta manera volvió á la Orden lo que nunca debiera haber salido de ella.

El Santuario de Santa Rosa es para los Dominicos lo que Ávila para los Carmelitas. Tiene una bonita iglesia, aunque pequeña; pero al lado hay otra en construcción que abarca en su recinto el lugar donde la Santa nació y vivió, y los recuerdos más venerandos de su vida santísima. La capillita es la que ella mandó construir y donde ella pasaba los días y las noches en oración, y cantaba, alternando con un misterioso ruiseñor, las maravillas del amor divino. Aquí está el jardín cuyas plantas se inclinaban al paso de esta nueva Reina de las flores; aquí el pozo donde arrojó la llave, el solar de la casa de sus padres, el pequeño hospital donde recogía y atendía á los pobres y enfermos; aquí, en fin, muchas de sus reliquias, tales como la corona de espinas, el anillo del desposorio, el cabello, huesos, el Cristo que le hablaba, el *Doc-torcito* y otras tantas que no es del caso enumerar. La casa que habitamos está contigua á la misma iglesia, y es propia del Santuario, como algunas otras casas y *chacras*, cuyo rendimiento constituye el haber de la Capellanía para sostenimiento del culto.»



DE TANGER

ESCUELAS ESPAÑOLAS DE ALFONSO XIII

OBSERVATORIO METEOROLOGICO



Después de las nuevas pruebas de su entusiasmo por los adelantos de la ciencia acaba de ofrecernos la Misión Franciscano-Española de Marruecos en Tánger.

Gracias al notabilísimo arquitecto, señor Francisco Serra, puede admirar el viajero las hermosísimas «Escuelas Españolas de Alfonso XIII» (fundación del Marqués de Casa-Riera). Son el asombro de cuantos las visitan. Ultimamente el sabio africanista, Dr. Maestre, se desahogó en elogios de la meritísima labor del humilde señor Francisco, que, sin bombos ni platillos, dotó a Tánger de unos monumentos que colocan a incomparable altura el nombre de España en el Mogreb. Son dos los edificios, y están situados en la cima de la cuesta de la playa, próximos al Zoco de afuera, que es como si dijésemos en el lugar más á propósito para Colegios, por la ventilación y buena vista hacia el mar. De uno se encargarán los Padres Franciscanos, y de otro las Religiosas Terciarias Franciscanas de la Inmaculada, dándose en uno y otro la instrucción y educación ne-

ñor José Costoya, después de haber obtenido en aquella Normal los títulos de Maestros superiores. Las Religiosas cuentan también con varias Maestras de título,



MARRUECOS.—R. P. Fr. Francisco M.^a Valente, director del Observatorio Meteorológico de la Misión católica de Tánger



MARRUECOS.—1. El señor teniente coronel de E. M., D. Eduardo Alvarez Ardanuy. 2. Fr. Francisco Serra, director de las Escuelas Españolas de Alfonso XIII.

cesarias á los niños y niñas españolas aquí residentes, sin excluir á los de otras nacionalidades que soliciten ser admitidos. Para desempeñar clases en el de Religiosos, acaban de llegar del Colegio de Santiago de Galicia, los Rdos. Padres Sr. Antonio Porqueras y se-

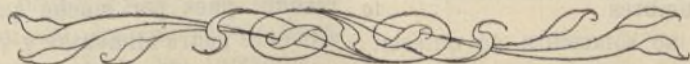
siendo de esperar que unos y otros se esmerarán en cumplir satisfactoriamente sus cometidos.

Además de los mencionados Colegios, montados á la altura del día, han instalado los Padres Misioneros un Observatorio meteorológico en el Convento del Espíritu Santo, enclavado en la parte más alta de la ciudad, y en el que tiene su habitación ordinaria el ilustrísimo P. Cervera, O. F. M., Vicario Apostólico de Marruecos.

En la instalación medió el pundonoroso teniente coronel de E. M., D. Eduardo Alvarez y Ardanuy, amante como pocos del buen nombre de España en este imperio, y gran favorecedor de la Misión Católica. Dicho señor se tomó la molestia de dirigir la construcción de la pequeña y provisional torre *ad hoc*, de instruir á los Padres en los primeros ensayos, y de organizar las primeras comunicaciones de esta estación con la nacional de Madrid. Hoy corre todo á cargo del joven y aventajado P. Misionero, Fr. Francisco M.^a Valente, á quien los Superiores juzgaron, y con muchísimo acierto, el más idóneo para el caso; habiendo comenzado ya á funcionar oficialmente nuestro Observatorio el día 1.º del próximo pasado Julio.

FR. BUENAVENTURA DÍAZ,
Misionero de Marruecos.

Tánger, 9 de Septiembre de 1912.



AFRICA ESPAÑOLA

COLEGIOS DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

Hoy me propongo decir algo á los lectores de las *Misiones* sobre el principal medio de que dispone el Misionero de la Guinea española para cristianizar y españolizar estas razas, ó sean los Colegios para la juventud de ambos sexos. Por lo mismo que nacen en la infidelidad y carecen en su primera infancia de toda instrucción religiosa, ya se ve que necesitan mucho tiempo para instruírse, lo cual no lo pueden conseguir sino en el Colegio, ya que en sus rancherías, por hallarse tan diseminadas, no puede detenerse mucho tiempo el Misionero.

Estos Colegios, por fuerza han de ser por ahora de internos, por cuanto los indígenas no viven en grandes centros de población, sino en infinidad de rancherías sembradas acá y acullá en la espesura de los bosques ó á lo largo de las playas.

Por otra parte, á fuerza de ver y oír y de practicar la Religión en el tiempo que viven en el Colegio, se les arraigan más en sus tiernos corazones las máximas de nuestra santa fe, se les van pegando nuestras costumbres civilizadas, se les imbuyen hábitos de trabajo y laboriosidad, aprenden nuestro idioma con la comunicación con sus compañeros, se vuelven más sociales y se encarrilan mejor por las vías del progreso, cobrando repugnancia á las prácticas supersticiosas y atrabiliarias y manera de vivir salvaje de sus bárbaros progenitores. Y la experiencia nos enseña que al salir de los Colegios, por más que algunos vuelven á las andadas á fuerza de malos consejos y peores ejemplos, y aún violencias de los salvajes, en general se conservan bien en cuanto á la vida cristiana, y con muy marcada diferencia respecto de la vida civilizada. ¿Qué tiene de particular que algunos pobrecitos hayan dado un traspie en el buen camino emprendido, si éste lo encuentran lleno de mil obstáculos y tropiezos y ellos se encuentran solos, ó poco menos, en medio de todo un pueblo que les burla, ó desprecia, ó mira con desdén? Lo extraño es que no sean más los cobardes.

Son éstas forzosas dificultades con que necesariamente se ha de topar á los principios cuando se trata de convertir y civilizar pueblos envilecidos.

Pero, gracias á Dios, se ha operado una gran transformación de algún tiempo á esta parte. Los jóvenes se sienten ya más fuertes y aguerridos y menos temerosos de sus atrasados compaisanos.

Por otra parte, los viejos no son ya tan reacios y no molestan tanto á la juventud porque vaya por otro camino, aunque ellos no se resuelvan á seguir el ejemplo á causa de lo metidos que tienen en su mollera ridículas prevenciones y prejuicios y de los fuertes lazos que los atan á sus antiguas costumbres.

Más aún, se nota ya que no solamente no quieren oponerse dichos viejos á que la juventud vaya con otro

rumbo, sino que hasta les agrada que así suceda y aún lo procuran no poco.

Así se ven pueblos enteros que antes no llevaban á bien que sus hijos fueran bautizados y aún lo estorbaban tenazmente, y ahora no sólo no se oponen á ello, sino que lo procuran con verdadero interés.

Las reducciones que actualmente empiezan á florecer son una risueña esperanza para el porvenir; á su lado hemos de ver á no tardar prósperas cristiandades: pero hoy no intento hablar de ellas, sino de los Colegios únicamente, que son el fundamento de aquéllas.

Persuadidos los Misioneros de la necesidad de educar los niños en los Colegios, desde un principio los abrimos en todas las Misiones.

De modo que allí donde se instalaba un centro de Misión, allí se abría un Colegio de niños internos.

En un principio nos sirvió mucho la subvención del Estado para atender á tantísimos gastos, si bien no alcanzaba, ni mucho menos, á cubrirlos.

Eran entonces tan desconfiados los naturales, que les costaba muchísimo dejar sus niños para el Colegio, y toda la fuerza de persuasión del Misionero no era bastante para convencerlos de que nada perderían dejando los niños, antes ellos mismos saldrían ganando. Nada, que no les convencían las razones y hubo que darles regalos, y se llegó al extremo de tenerles que dar el Misionero quince pesetas por cada niño que prestaran para ser instruído.

Así, poco á poco, sin ninguna violencia, á fuerza de predicarles con constancia y paciencia, y con el fruto de la instrucción que luego empezaron á ver con sus ojos y á palpar con sus manos, fueron convenciéndose de lo útil y necesario que les era mandar sus hijos á los Colegios.

Hasta tal punto ha llegado este movimiento, que hoy día se pueden tener cuantos niños se quieren, y son tantas las peticiones de ingreso, que cada día hay que cerrar la puerta por falta de recursos con que poder atender.

Causa pena verles llorar cuando se les dice que no pueden ser admitidos. Porque es de advertir que en lo mejor de este movimiento, cuando mayores recursos necesitaban las Misiones, el Gobierno de S. M. tuvo á bien disminuir la subvención de las Misiones y Colegios.

Basta decir que desde entonces cobran del Estado los Colegios á razón de una peseta y algunos céntimos por día, en concepto de alimentación y vestuario.

Con una peseta diaria hay que alimentar y vestir á veinte, treinta, cuarenta y más niños de que suele constar un Colegio.

Ya se ve que esto no es posible humanamente hablando, pues por mucho que se estire la peseta, difícilmente podrá alimentar y vestir más de tres niños.

Y serían ridículos los Colegios que sólo constasen de

tres alumnos. Atendido que actualmente existe extraordinario movimiento de niños indígenas hacia los Colegios, convendría que el Gobierno no la desperdiciase, sino que favoreciese más y más tan consolador entusiasmo que puede acarrear días de gloria á España, facilitando cuantos medios se enderecen á un feliz resultado.

¡Qué lástima sería que por falta de un puñado de pesetas, tantísima juventud indígena que desea instruirse, se hubiera de quedar sin instrucción ni educación, sin saber hablar la lengua patria y sin los más elementales rudimentos de civilización!

A ley de buenos patriotas, creemos debe tomarse con interés este asunto, que tan derechamente se endereza al engrandecimiento de la Patria.

Y los amantes de Dios y de la Patria, que no saben qué destino dar á sus caudales, aquí tienen vastísimo campo para su acción bienhechora. De ellos depende el que algunos jóvenes puedan ó no instruirse en los Colegios, y por consiguiente, aumentarse ó no el número de leales servidores de Dios y de la Patria.

Los Misioneros estamos haciendo supremos esfuerzos para salir adelante con nuestra divina y patriótica empresa, ni nos duele quitarnos el pan de nuestra boca y abrazarnos con privaciones á trueque de ganar un palmo más en la lucha que tenemos entablada con el error y la ignorancia; pero nuestras fuerzas y nuestros medios son muy limitados y es mucho lo que pueden ayudarnos las personas caritativas.

Dejo para otro día el bajar á otras particularidades respecto de nuestros Colegios, á fin de no alargar demasiado la presente crónica.

Cuando estas líneas escribo, empieza á haber mucho movimiento en esta Colonia española con motivo de la cosecha de cacao que empieza á recogerse y embarcarse, y á juzgar por el aspecto que presentan las plantaciones, promete ser abundante. Creo que el cacao de la actual cosecha rebasará bastante de los tres millones de kilos.

MARCOS AJURIA, C. M. F.

Basilé, 31 Agosto 1912.

COLOMBIA.—PREFECTURA APOSTÓLICA DEL CHOCÓ

EL RDMO. P. FRANCISCO GUTIÉRREZ, C. M. F.



DESPUÉS de cuatro meses de triste orfandad, en que la muerte del malogrado Rdm. P. Juan Gil y García, q. s. g. h., dejó á los fieles de la Prefectura Apostólica del Chocó, la llegada de su dignísimo sucesor reverendísimo P. Francisco Gutiérrez y

de otros cinco Misioneros, les permiten enjugar sus lágrimas, para abrir el corazón á las tiernas emociones que siente el alma fiel al estrechar entre sus brazos y dar la bienvenida á su Padre y Pastor. ¡Hosanna al que viene en el nombre del Señor! ¡Bienvenidos los Apóstoles de Jesucristo! Para ellos nuestra cordial felicitación; para los fieles todos nuestra enhorabuena y fraternal congratulación.

Nació el Rdm. P. Francisco Gutiérrez en la ciudad de Calahorra, Provincia de Logroño, el 9 de Marzo de 1872; hizo su profesión religiosa el 15 de Agosto de 1890 en la célebre Universidad de Cervera (Lérida), en la actualidad Colegio-Noviciado de la Congregación de Misioneros, Hijos del Inmaculado Corazón de María. Se ordenó de sacerdote el verano de 1897, y poco después de haber sido promovido á las sagradas Ordenes, fué elegido para desempeñar el cargo de Ministro en el mismo Colegio-Noviciado, en el que perseveró hasta que en el último Capítulo de la Provincia de Cataluña, celebrado en el mes de Julio de 1907, los Padres Capitulares le dieron el cargo de Superior del Colegio de Barbastro (Huesca). Ultimamente entró á formar parte del Gobierno Provincial de la misma Provincia de Cataluña.

A la muerte del que fué primer Prefecto Apostólico del Chocó, Rdm. P. Juan Gil, los Superiores de la Congregación de Misioneros, Hijos del Inmaculado

Corazón de María, á la que la Santa Sede tiene encomendadas aquellas Misiones, pusieron en él los ojos y



RDMO. P. FRANCISCO GUTIÉRREZ LORENTE
Nuevo Prefecto Apostólico de las Misiones del Chocó (Colombia)

propuesto á la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, en rescripto de 11 de Abril, confirmó tan acertada elección.

La ciudad de Quibdó, sede de la Prefectura, dió el 4 de Julio una prueba fehaciente de su religiosidad y del amor que todos sus hijos profesan á los Misioneros. Un gentío inmenso ordenado en devota procesión, con banderas y estandartes, el Colegio de niñas que dirigen las Hermanas de la Presentación y los niños de la escuela municipal, la gendarmería nacional, las autoridades de la Intendencia y las locales, salieron al muelle á dar la bienvenida al Reverendísimo Padre Prefecto, y entre salvas atronadoras, clamoreo de campanas, vivas entusiastas y á los aires del himno nacional colombiano, se dirigió la comitiva á la iglesia para dar gracias al Altísimo por tan feliz llegada; cantóse solemnemente *Te Deum* y *Salve*; después prosiguió la multitud hasta la casa de los Padres Misioneros: allí hubo presentación y recepción de las Autoridades, y por la noche serenata y concierto de guitarristas del país que tocaron bonitas piezas del repertorio de su invención.

El domingo siguiente á la llegada, el Círculo de la Juventud Católica de Quibdó, fundado y dirigido por los Padres Misioneros, obsequió con una velada literario-musical, á la que asistieron las Autoridades y cuantas personas pudo admitir el espacioso local.

Conocen ya los lectores de las *Misiones Católicas* el estado actual de la Prefectura por el informe que el Rdm. P. Juan Gil dirigió en el mes de Enero de 1911 al Delegado Apostólico en Colombia, y publicado íntegro en las columnas de esta Revista. Con la llegada del Rdm. P. Gutiérrez, de cuyas relevantes cualidades no hacemos mérito por no ofender su modestia, entran en una nueva época de florecimiento, en la que después de consolidar la obra de su predecesor, el pabellón de los Hijos del Corazón de María recorrerá triunfante aquellas vastas regiones, llevando á todos los cristianos los consuelos y dulzuras de la Religión y á los que aún viven en las sombras de la muerte, la verdadera luz que es Jesucristo.

Que esa luz divina ilumine los pasos de aquellos infatigables apóstoles por las selvas vírgenes del Chocó, que la naturaleza hizo impenetrables á la industria del hombre, pero á través de las cuales se difunde y esparce de día en día la tenue claridad que precede al sol naciente de la fe, y que hoy nos hacen presagiar la luz hermosa que en día venturoso bañará y esclarecerá la negra noche que todavía ampara la ignorancia de aquellas pobrecitas gentes.

F. C.

Quibdó, 16 Julio de 1912.

CHINA.—LA PERSECUCIÓN DE LOS BOXERS

Martirio del sacerdote Terciario franciscano Andrés Van

El tercero de los sacerdotes indígenas, víctima del furor de los boxers, llamábase Andrés Van, joven de veintiocho años, miembro ilustre de la Venerable Orden Tercera del Serafín de Asís. Nacido en Lun-ngan-fu de una antigua y ferviente familia cristiana, y educado por ella religiosísimamente, ingresó aún jovencito en el Seminario de Tac-yuan-fu. Como amante de la disciplina, por su compostura y devoción en las prácticas religiosas, por su piedad en la frecuente recepción de los Santos Sacramentos, el joven Andrés distinguíase entre sus condiscípulos, pero, en cambio, la madre natura había sido para él bien poco pródiga en lo que se refiere á dotes de inteligencia y disposición para los estudios eclesiásticos. Esforzándose mucho, con una diligencia y paciencia á toda prueba, se empeñaba en seguir á sus condiscípulos, mas era ello imposible de todo punto. El Rector del Seminario, que lo era el piadosísimo P. Elías, luego compañero de martirio, amábale tiernamente por su dulce carácter, por su humildad y modestia, por su fervor en los actos de piedad y de religión, así que hubo de sentir grandemente verse en la dura necesidad de despedirle del Seminario. El P. Fogolla, actualmente Vicario general del Shansi, que había sido antiguo Misionero en Lun-ngan-fu y había visto nacer á Andrés, sintió en el alma la resolución adoptada por el digno Rector. Y como le veía tan humilde, tan fervoroso y de tan buen carácter,

rogó al P. Elías y al Ilmo. Sr. Grassi le fuese permitido á él encargarse con paciencia y tiempo de enseñarle las asignaturas todas de la carrera eclesiástica. Como ni el P. Elías ni el Sr. Grassi deseaban otra cosa, accedieron gustosos á la demanda. La paciencia y el amor del maestro con la diligencia y la aplicación al estudio del piadoso discípulo iban á la par, así que pudo ser promovido á la dignidad del presbiterado el día 3 de Diciembre de 1899. Ordenado de sacerdote, la obediencia le destinó como coadjutor del sacerdote indígena D. Pablo K'un, consagrándose de lleno á las tareas apostólicas.

Entonces se vió que el P. Fogolla no se había equivocado cuando resueltamente había prometido al ilustrísimo Sr. Grassi que el joven Andrés llegaría á ser un digno sacerdote. En efecto, conservando vivos en su corazón los fervores y santas resoluciones adoptadas en el Seminario, por su piedad y modestia, edificaba á cuantos tenían la dicha de tratarle; siempre se le hallaba dispuesto á sufrir las molestias inherentes á su sagrado ministerio; en su trato con los gentiles hostiles á la Religión y con los neófitos imperfectos en la fe, daba pruebas de una paciencia inquebrantable, de un tacto y madurez de juicio especiales; hacíase todo para todos, á fin de ganarlos á todos para Jesucristo, así que los infieles se veían atraídos como insensiblemente hacia él, y sus duros corazones se dejaban vencer por

una fuerza que parecía inexplicable y misteriosa. El ilustrísimo señor Obispo prometíase mucho de tan digno misionero, y así hubo de manifestarlo públicamente en cierta ocasión, mas Dios, en sus altos designios, le quería en el cielo adornado de la gloriosa aureola de los mártires.

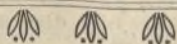
Hallándose el piadoso sacerdote haciendo la Misión de Hou-kia-tsun, perteneciente á la prefectura de Fentsu-fu, y llegando á sus oídos los rumores de la violenta persecución suscitada contra la Iglesia por la primera autoridad de la Provincia, pensó en tener una entrevista con el misionero D. Pablo K'un, el cual á su vez había escrito llamándole con el mismo fin. Juntos pasaron algunos días, socorriendo espiritualmente á los cristianos, hasta que, si bien muy contra su voluntad, determinaron darse á la fuga, pasando el río Amarillo é internándose en la provincia del Shensi. Apenas los fugitivos se habían puesto en camino, cuando una turba de locos, ebrios de sangre cristiana, cayeron sobre la iglesia y residencia, robando y saqueando cuanto en ellas había, destruyendo y quemando cuanto quedaba, no obstante la resistencia ofrecida por algunos intrépidos cristianos. En el incendio murió víctima del satánico furor de los boxers un cristiano llamado José Sun, á quien vivo arrojaron á las llamas. Al hablar del martirio del Venerable Pablo K'un dejamos dicho que ambos sacerdotes pasaron juntos el río Amarillo, que ambos cayeron en manos de ladrones que los despojaron de cuanto llevaban, y que no sabiendo á dónde dirigirse en tan miserable estado, determinaron volver á su provincia entregándose en manos de la divina Providencia. Juntos recorrieron todavía algunas cristiandades, hasta que á fin de que no fuesen sorprendidos y muertos al mismo tiempo, separáronse con el corazón oprimido de inmenso dolor, estrechándose efusivamente mientras derramaban abundantes lágrimas y despidiéndose con la certeza de no volver á verse hasta el cielo.

El joven sacerdote Andrés vistióse como un pobre mendigo, con unos pantalones estropeados y pies desnudos, pidiendo limosna de puerta en puerta, y sufriendo lo indecible á causa del calor y del hambre, de suerte que quedó en piel y huesos; llegó al villorrio de Tsao-kia-kou. Durante dos días ocultóse para descansar de tanta fatiga en una cueva, donde no tuvo otro alimento que hierbas silvestres. Acosado por el hambre y la sed presentóse como mendigo á una familia pagana pidiendo un poco de *mi-tam*, caldo de mijo, entregando como precio lo único que le quedaba, una cadenilla de plata. Sea que en aquella ocasión se hiciera sospechoso á la familia pagana y que ésta descubriera su escondite, sea como otros quieren que caminando hacia la aldea de Lun-hoa-iuen tropezara con los boxers, es el caso que fué capturado y que preguntado por su persona hubo de declarar que era cristiano. Fuertemente atado y entre insultos y malos tratos condujéronle á Liu-liu-tsen y de aquí á Tson-kou donde se hallaban reunidos los principales jefes boxers. En estos viajes é idas y venidas, el bendito misionero escuchaba con la manse-

dumbre de una ovejita los tristes planes que sobre su persona proponían sus enemigos; aun, empero, ignoraban éstos que tenían en sus manos á un sacerdote cristiano. Habiendo llegado á Tson kou á la presencia de los jefes boxers, preguntáronle qué era, y francamente respondió que era un sacerdote cristiano, por nombre Van. Inmediatamente fué condenado á muerte, la cual había de ejecutarse en una gran pagoda de Liu-lin-tsen. Al pasar un pequeño arroyuelo que corre mansamente al pie de la pagoda, el pobre sacerdote arrojó unas bocanadas de sangre que llamaron la atención de sus verdugos, y al preguntarle qué era aquello contestó: «Nada es, prosigamos.» En la pagoda, acordaron no darle inmediata muerte, sino dejarle morir de hambre y en torturas. Sin embargo, esto no satisfizo á muchos, ávidos de sangre cristiana.—Pensando aún que si le proponían la apostasía podrían obtener algo de un hombre que, aunque macilento y miserable, veían en la flor de la edad, llamáronle á la presencia del jefe de aquellos satélites de Satanás, el cual: «Ten compasión, dijo, de ti mismo; te encuentras en lo mejor de la edad de un hombre, reniega de tu Religión y te librarás de la muerte.» «Cristiano soy, contestó el Misionero, hace muchas generaciones, y nunca apostataré de mi Religión. Nada quiero de vosotros, matadme si queréis; hace mucho tiempo que vengo deseando el martirio.» Hasta tres veces le instaron á que tuviese piedad de sí mismo y aceptara los dineros y cosas que le ofrecían; mas él rechazó con energía tales proposiciones, en vista de lo cual, llenos de cólera, pensaron darle la más cruel de las muertes. Con una gruesa cuerda al cuello y las manos atadas al dorso, condujéronle al atrio de la iglesia quemada por los mismos boxers y teatro del martirio de muchos cristianos; al llegar precisamente al lugar donde antes estaba el altar y donde él tantas veces había dicho la santa Misa púsose de rodillas y dirigiéndose á los verdugos: «Vedme, dijo, dispuesto estoy, matadme como queráis.» Inmediatamente levantando los ojos al cielo rogaba al Señor tuviera compasión y misericordia de aquellos asesinos que no sabían lo que se hacían. El primero en darle un golpe de espada al cuello fué un boxer de Tson-kou, superviviente aún; y luego la turba se lanzó sobre la pobre víctima hiriéndola de mil maneras con cuchillos y espadas. En unos instantes el cuerpo del bendito mártir yacía en tierra en informes pedazos; no contentos aún le abrieron el vientre, arrancaron el corazón aún palpitante y cortándole, por fin, la cabeza la fijaron en la punta de una lanza, llevándola como en triunfo entre la horrible gritería de la insana plebe.

Las reliquias inciertas del venerable mártir confundidas con las de otros muchos cristianos víctimas de la misma barbarie, fueron más tarde decentemente colocadas en un monumento erigido en el lugar mismo del martirio. La lápida sepulcral lleva esculpidos los nombres del sacerdote Van y de otros veintinueve cristianos que igualmente murieron en odio á nuestra santa fe.

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA, O. F. M.,
(Continuará).



LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES (República del Panamá)

(Continuación)

EL modo de matar, por decirlo así, por justicia es á fuego lento, ó narcotizando con un humo de ciertas hojas muy venenosas. Si no llega á quedar asfixiado pronto el sentenciado lo queman. A veces hacen eso por ¡humanidad y bien común! En efecto, suponen que, v. gr., la locura se pega como las viruelas. Está uno delirando, supongamos, por la fiebre, y se levanta, y anda por la calle, y da mucho que hacer en casa. Ese dicen está loco, otros dicen, endemoniado, añaden: si no le acabamos pronto, su locura ó diablura se va á pegar á otros. Manda, pues, el médico que se le queme, y la Autoridad y los mismos padres y parientes creen un deber hacer eso. Van, pues, y traen las dichas hojas, amarrando bien al loco ó endemoniado en la hamaca, y fuego bajo la hamaca, á la presencia impávida de los parientes. Argüí yo al padre de uno de esos desgraciados, por qué había hecho eso, y dijo: Padre, yo no lo maté, sólo lo presencié. El doctor fué quien ordenó eso para evitar se nos pegase la locura." Para quemar á fuego lento, embrean al sentenciado, y envuelto en la vela de su barco lo ponen sobre unas parrillas altas de gruesos palos verdes y aplican por abajo fuego con cáscaras de coco. Mientras el paciente, así atado, grita hasta que muere, está el pueblo presenciando la escena. Por fortuna va eso desapareciendo. ¡A dónde llega el hombre, perdido el Cristianismo!

11. Mas ¿cómo si los indios son tan tradicionalistas, cómo explicar que conserven huellas aunque desfiguradas de la religión que les implantó el apostólico Balbarger y tengan al mismo tiempo horrores como el que acabo de contar y como lo que contaré? Aunque la pérdida del Cristianismo es suficiente razón para explicar ese bajo nivel de humanidad, nos da otra explicación el anciano Pablo Olopibia, del que hablé (n. V).

En efecto, cuenta el ancianito (1) que cuando él era mozo de unos 30 años llevaba cabello largo como todos los demás hombres y mujeres, en general, si bien algunos pocos, sobre todo mujeres, lo llevaban corto, como ahora todos lo llevan. Hecho histórico este muy famoso. En efecto, nos dice ese hecho que otra tribu invadía á ésta, es decir, la encabellada á la rape ó la rape á la encabellada. Porque el cronista Oviedo pinta á los karibes de aquí como actualmente son éstos, no sólo en la estatura y demás notas comunes, sino con las particulares de que llevaban el pelo rape como hoy lo llevan hombres y mujeres, que llevaban las mujeres el anillo de oro pendiente de la nariz que hoy llevan, y los hombres las patenas de oro que hoy llevan pendientes de las orejas, que llevaban las mujeres los collares, y los anillos de los dedos que hoy llevan, y habla de los *saka* y otras particularidades que hoy notamos.

El llevar, pues, luego cabellera fué imposición de la tribu advenediza, de suerte que ésta vendría del E., ya

(1) Véanse los grabados de las págs. 184-5 de *Las Misiones Católicas* de Agosto último.

que la parte E. es donde aún hoy día hay encabellados, y por cierto feroces, donde no sé que nadie haya entrado. Una columna de soldados entró hacia allá años atrás y salieron unos pocos, no sé si una docena, para poder contar lo que les había sucedido. A uno de esos soldados oí eso. Pero quien me lo contaba con más pormenores y risa, por los lances gloriosos de los karibes, fué el hijo del que entonces era cacique en el último pueblo junto á los tales encabellados. Haré esta digresión porque es interesante.

12. Queriendo el Gobierno de Colombia hará unos veinte años reducir estos indios y viendo que no dejaban entrar á los *huakas*, mandó una columna de soldados por el Pacífico hacia Matukandi y demás pueblos. Alzóse la indiada y aprestáronse cabe los ríos entre la espesísima vegetación. Los indios veían á los soldados, mas éstos no descubrían á los indios. Dejaron internar á los extranjeros, y ya que los pudieron tener seguros á dos ó tres días, ríos arriba empiezan desde la espesura á saetar á los soldados. Se desojaban éstos y echaban tiros sin ver á nadie, porque los indios á modo de guerrillas correteaban por sus vereditas á que habían hecho la descarga. A muy pocos indios, en varios días que la expedición duró, pudieron matar. Al fin llegaron á campo más despejado río arriba afluente del Bayano. Queriendo el cacique acabar de una vez con los *huakas*, dispuso una emboscada para que al voltear él la barca y caer al agua los soldados de vanguardia salieran los indios del bosque y no dejaran ningún soldado. Metióse, pues, en el río el indio con la pura nariz á fuera esperando la barca que venía, y al pasar ella por un paso obligado, el indio que estaba bajo el agua levantó por un lado la barca, y soldados al agua. Salen en esto los de la emboscada y á palos, á tiros y á saetas dieron cuenta de todos los soldados, á tiempo precisamente que llegaban otros soldados detrás. Ocultáronse á escape los indios en la maleza. Nuestro cacique héroe no tuvo escape al bosque, pues los nuevos soldados tomaron las orillas. Zambullóse el hombre, mientras otros soldados con barcas iban viendo donde se había metido el héroe. Tomó él por precaución no salir del agua turbia, pero no aguantando por falta de respiración, como conocedor de su río, se fué como lagarto á un bajo donde acostado en el agua sacaba lo indispensable la cabeza para respirar y ver. Tuvo que estar así hasta que tarde se retiraron los soldados, visto que no habían podido dar con el indio que se zambulló. Salió el cacique con la carne más blanda que de gallina, con la piel levantada, que apenas podía andar. Tomóle en hombros su gente que estaban esperando, y lleváronselo al pueblo. A otro día volvieron los indios, cada uno por sí, á la refriega, llevando siempre la peor parte los soldados. Al fin, viéndose éstos tan diezmados, sin casi ver á los enemigos, resolvieron salir de aquellos impenetrables bosques. Cada día fueron que-

dándose muchos en el camino hasta el punto de zafar tan pocos como dije.

El modo, pues, de guerrear es, bajo la orden general de hacer esto ó lo otro, hacer cada uno independientemente ó como por guerrillas todo el mal posible al enemigo. Para tener *pila*, ó guerra se excitan antes entre sí los del mismo partido, con gritos, desafíos, bebida, y echando tiros al aire mostrando al enemigo, con eso, el deseo que tienen de pelear. *Pila*, propiamente significa *bruja*; y por cuanto creen que la guerra la excitan las brujas, de ahí que, por traslación, á la guerra se la llame *pila*. La hora más oportuna para la guerra, que mejor llamaríamos, para las sorpresas, es á la madrugada ó al anochecer entre dos luces, porque así hecho el daño se escapan los agresores estando descuidados los agredidos.

13. No se crea, á pesar de todo lo contado, que estos indios no tengan su como Derecho Civil. Para compras y ventas se aprecia el deseo que uno tiene de adquirir tal cosa, más que lo que valga la cosa. Esto especialmente ha lugar cuando la venta se hace por cambio de objetos, y así á veces voluntariamente da uno cierta cosa de gran valor por una niñería que apetece, según el grado de su deseo.

La gran contienda que solía haber entre indios y *huakas* era porque éstos cambiaban precios y los indios querían todo siempre al mismo precio. Si un pañuelo valía un real, ¿por qué ahora, dice el indio, ha de valer real y medio?—Contesta el *huaka*, porque me han subido el derecho de puerto, aduana, etc.—¿Y qué tengo yo que ver con eso? ¿Por qué tú has pagado quieres que yo pague?—Si no quieres, por ejemplo, dar por un real, vete de aquí. Si á los *huakas* no les convenía, debían irse, so pena de que ó les izasen velas, aun en tiempo malo, expuestos á irse á pique, ó les tomaban las áncoras, etc., y no valía resistirse, pues se amotinaba el pueblo y había una de San Quintín, en que la peor parte la llevaban los *huakas*. Si éstos insistían que habían subido el precio, porque el Gobierno les hacía ahora pagar más, contestaban: por eso no queremos ser como vosotros, somos más felices. Aquí cada uno trabaja y tiene lo que trabaja, sin tener que pagar á nadie, antes nos ayudamos unos á otros y todos tenemos. Ciertamente es que no les falta, sino conocer y amar á Cristo y guardar su ley, y por lo demás gozan más que nadie.

A veces para que no hubiese pelea daban los *huakas* la mercancía y se compensaban en otros lances. Pero de esas compensaciones y varias injusticias venía el continuo pelear. Esto había especialmente lugar cuando los tales comerciantes falsificaban los anillos de oro, ya que se las echaban también de plateros, y á cuenta de los anillos y objetos de oro les daban de latón ó plata dorada, pues perdido el baño, aparecía el fraude.

Si por algún caso algún atrevido *huaka*, ó aunque fuera amigo, saltaba á tierra, antes de anochecer le obligaban á subir al barco.—Con todo deponían su rigor con los naufragos, dándose muchos casos, de haber alimentado á los desgraciados hasta poderles ellos mismos sacar en sus barquichuelos á tierra de cristianos. Lo más notable de las compras es que cuando se han cansado de la cosa ó pasó la necesidad se deshace la

compra devolviendo cada uno su objeto. Compra uno, por ejemplo, un campo de cocos por 20 pesos y se entregan ambos el valor y la cosa. A los dos ó más años se cansa el comprador de la coquera y le dice al otro: ya me cansé de la coquera, dame los 20 pesos. Entrénganse de nuevo sus objetos, sin atender á los productos sacados ó perdidos, y asunto concluido.

En la herencia es más particular el caso. Muere el padre. Todos sus bienes raíces pasan á sus hijos, no á su mujer, que ésta queda con su propio padre ó apendada á sus hijas, y ni siquiera recibe los muebles bienes del esposo, que esos van al cementerio con el cuerpo del difunto.

Las fincas en el primer mes de la muerte del padre van al hijo mayor. Este las cultiva y goza sus frutos. En el 2.º mes ó 2.ª luna van al hijo siguiente, y los cultiva y goza sus frutos. Sabido es que en estas tierras hay muchos frutos. Las plantas ó árboles que no dan todos los meses frutos, tienen que ser también cultivados, para que cuando llegue el tiempo den. En la 3.ª luna van las fincas al 3.º hijo, y trabaja la finca y goza de ella. Así van siguiendo.

Supongamos que muere uno de esos hijos ó hermanos. Cuando, según el orden, le debía tocar al muerto, no entran en su lugar la mujer ó sus hijos, sino que, saltando á ellos, sigue el turno al siguiente hermano que vive. Supongamos que mueren todos los hermanos menos uno. Este sólo ya y goza las fincas. Supongamos que muere ese. Entonces los bienes del abuelo se reparten entre los numerosos nietos.

Cuando muere el marido, la mujer queda en la propia casa donde vivía con su marido, alimentada por su propio padre y por sus hijos de ella.

Cuando muere la esposa, el marido deja la casa, porque en ella sólo tenía á su mujer, y se va á casa de su propio padre, mientras busca otra mujer, al mes poco más ó menos, dejando los hijos en casa del abuelo materno de sus hijos.

Cuando las palmeras crecen mucho y tienen muchos años, las dan á Dios y cualquier necesitado las puede usar. Advirtiéndole que es mala crianza subir á coger el fruto de las palmeras *Papagati* de Dios. Si cae el coco de ellas al suelo, cualquier indio lo puede tomar, pues todos los indios se reputan hijos de Dios, mientras que dicen que los *huakas* nacieron de la piel de la planta del pie del indio. *Tulegati naga é uka, huaka nasa*. Así y todo suponen que los blancos han de tener otros dios y los negros otro, pero que de ninguna manera se puede concebir que el Dios de los indios, tan sabio y bueno, se haya puesto á hacer negros. No sabemos, dicen, de donde vengan todas esas otras gentes (1).

De ahí el horror á emparentar con otra raza. Si por algún caso, en las peregrinaciones de los indios que dije, tienen algún hijo por fuera, está prohibido traerlo; y lo matarían si se trajera ó lo echarían del territorio.

Mas sucedió que forzó hace años, según me cuentan, un *huaka* á una; se reunió el Gobierno indio para deli-

(1) Me decía un indio en cierta conversación espiritual: «Mira, Padre, vosotros sois cristianos porque Dios nació entre vuestra raza huaka, y por eso nosotros no conocemos á Jesucristo; pero si se hubiese encarnado en nuestra raza, nosotros seríamos los cristianos y seríamos mejores que vosotros, que así y todo derramáis sangre y hacéis guerras y sois bravos.

berar sobre la muerte de ella. Todos parece conviniéron en matarla á ella y al fruto. Un senador, parece, era pariente de la desgraciada, tomó la defensa é interrumpiendo á todos dijo: «Oídmela una historia y una pregunta. Vi una gallina perseguida por un gallo, estaba sola y la cogió. ¿Qué culpa tiene la gallina de que la hayan cogido?—Ninguna.—Pues aplicad el caso.—La gallina puso un huevo. ¿De quién era el huevo?—Contestaron todos de la gallina.—Pues ese muchacho es indio y no se le puede matar. Con tal raciocinio triunfó el senador. Tal senador para tal senado. A ese tenor se discuten las leyes y costumbres.

Ninguna mujer puede salir del territorio karibe. Cuando llevé á la caciquesa con su marido Carlos á Panamá (me costó gran trabajo), anduvieron con muchísimo recelo y *por ser vos quien sois* no la mataron, porque había abierto el detestable portillo por donde se les vayan las mujeres.

Hace unos treinta años usaban por toda tela el tejido de una palmera que llamaban *ikorro*, y de ella se vestían, especialmente los hombres.—Después se unificaron llevando una blusa y calzón, que es su distintivo.

14. El traje ha de ser en todos y sobre todo en todas el mismo, y si no igualan al individuo quitándole la diversidad. Verdad es que en los hombres ya se ve, por desgracia, no por lo que en sí vale la cosa, sino por lo que representa, se va perdiendo esa unidad.

La mujer por ley debe llevar un anillo de oro en la nariz. Recién nacida la niña sufre la operación de pasarla la ternilla de la nariz con una aguja, como dije (n. IV).

Aumentan el anillo según la edad, y ya al fin tanto pesa, que á las viejas se les alarga y baja la punta de la nariz.

La mujer debe llevar, pues, además del tal anillo, al cuello cuantos bilorios y monedas de plata pueda gastar, á veces hasta dos libras. Llevarlas con ruido es lujo de jóvenes y forasteras. En las orejas llevan unas rodajas de oro del tamaño de hostias grandes. En los dedos, cuantos anillos de oro pueda cada una. Visten una especie de modestísima chambrá de mangas cortas, que, sin nada de escote y mucha decencia cubre hasta el muslo. Eso, sí, pasan todo el año cosiendo todas las noches hasta eso de las ocho y durante los ocios de las faenas obligadas del día, cosiendo, digo, los caminitos laberínticos y figuritas que de retacitos se hacen por toda la tal chambrá. Es lujo tener muchas y variadas chambras vistosísimas. Desde la cintura á medio muslo cubrense con dos palmos de tela azul, que se la envuelven á modo de saya sostenida por un fajín. El vestido de las pantorrillas son los abalorios.

Aquí está el gran adorno. Como las mujeres europeas pasan largo rato en sus peinados, estas karibes, como llevan el cabello rape, apenas si lo dejan subir á una pulgada, invierten el tiempo de adorno en tornearse las pantorrillas y antebrazos con abalorios. ¡Grande arte por cierto! En efecto, disponen los abalorios de varios colores engarzados en un fuerte hilito, de tal suerte que al envolverse en la pantorrilla resultan figuritas de animales, cuadraditos y dibujos. Quedan, pues, las pantorrillas como los barrotes torneados de las sillas, con sus vientres y nodos. Para eso

sentados, v. gr., dos hermanas mutuamente se encargan de la pantorrilla ajena. Admirado un día de ver cómo apretaban la trama, dije: ¿y no os duele?—Se echaron á reír.—¿Y por qué nos ha de doler?—Están tan hechas á eso desde niñas, que lo que para nosotras sería un martirio á ellas no les llama la atención. Esa no la des hacen hasta que se les afloja ó la quieren mejorar. No llevar esos adornos sería para ellos tan inmodesto y vergonzoso, como para nosotros ir por la calle arremangados con las piernas al aire.

Hermoséanse la cara con colores rojos en las mejillas, y en el centro de la mejilla una pequeña negra. A veces en vez del rojo usan un amarillo zafrán, según el gusto del consumidor. Sacan esos ingredientes de ciertas pepitas del bosque.

XI

Prosiguen las notas etnológicas de los karibes-kunas

14. *Leyes morales del karibe; varias advertencias concernientes al primer mandamiento: no ser bravo; causas de muerte; lugar último de las almas.*—15. *Inteligencia del segundo mandamiento: no robar.*—16. *Sobre el tercer mandamiento: no mentir; veracidad karibe.*—17. *Cómo se cumplen con el cuarto mandamiento: trabajar; ocupaciones de todos los miembros de la familia; nombre de los muchachos según las edades.*—18. *Religiosidad karibe; actos religiosos; causas de las enfermedades según el karibe; variedad de ídolos y de ministros que ayudan al enfermo.*—19. *Naturaleza y uso de las medicinas; variedad de médicos; oficio del «Nele» del Kamdule y de otros empleados.*—20. *Famosa operación del rape.*—21. *Baile general; imposición de nombre á las mujeres.*—22. *Conversión de un absogeti; admira nuestra escritura y me admiro de la de él.*—23. *Tratados del saber karibe; sus artefactos industriales; modo de acabar pleitos.*—24. *Idea del pecado original; las brujas; idea curiosa sobre las viruelas.*

14. Su ley equivalente al Decálogo se reduce propiamente á cuatro mandamientos: 1.º No ser bravo ni iracundo. 2.º No ser ladrón. 3.º No mentir. 4.º Ser trabajador. La falta contra el primero basta para el divorcio, y es la causa ordinaria del divorcio. En este caso cada persona es libre de casarse con otra, ya que la necesidad para atender á sus trabajos y el modo de vivir exige tal compañía. Por eso desde la edad competente suelen estar todos casados, aun que sean ancianos. Cada hombre tiene su sola mujer, si no es algún cacique ó persona grande, como de antiguo advirtió el Cronista, y si falta alguno es reprendido, como por cualquier otra falta contra la tal ley. Son los reprobos natos los *Absogeti*, quienes, en sesión plena ante el *ságila* y el pueblo, preguntan para que el reo confiese la verdad, y le reprendan ó castiguen. El reo suele ser verídico, con gran sencillez, á tal interrogatorio. Es, pues, una confesión pública lo que se exige. El verbo *absage* no quiere decir confesar, que no hay tal verbo en karibe, sino preguntar para saber, como el *Sciscitor* latino. Ahora he acomodado ese verbo para hablar del sacramento de la Penitencia.

Con el bravo nadie se mete ni para amansarlo. Esta es regla de urbanidad karibe. Se deja al enojado que le pase la furia. Así es la verdad que se evitan disgustos, hasta tal punto, que por maravilla se ve alguna riña entre estos indios. De ahí que todos se respeten, pues sólo con mostrar enfado en el rostro y con un grave silencio ya el contrincante se retira. Por huír de plei-

tos hacen sembríos distantes unos de otros, y á veces dejan casa y heredad, prefiriendo perderla que defenderla, y se van á otro sitio.

Dicen que los *huakas* ó extranjeros (i. e. negros y raza europea) son bárbaros por la facilidad con que matan y hacen guerras con *derramamiento de sangre*, porque matar sin derramar sangre no es casi crimen. N. VII y n. X, § 10.—Cuando, pues, matan oficialmente es ó quemando á fuego lento al sentenciado, como se contarán casos á su tiempo, ó enterrando á niños vivos. La ordinaria causa de muerte en mayores es ser infausto brujo, ó estar loco ó endemoniado, porque dicen que esto se pega, y así, aun los parientes más cercanos, convienen y presencian tales muertes como bien público. Incluyen en la locura ó endiablamiento al exceso de calentura que hace desvariar y andar por el pueblo al enfermo, cuando de él se cansan ó no pueden contenerle.

Quieren con exceso á los hijos pequeños, pero el que nace albino, el mismo día suele ser enterrado vivo en la propia casa y de pie, pues dicen que no es hijo suyo sino del *nia*, voz que indistintamente aplican al demonio y al hombre extranjero. Con todo, hay en cada isla algunos albinos que se pueden interpretar ser raza del Norte de Europa, á juzgar por varias notas, sobre todo por los ojos y por el modo de mirar. Sabido es el horror que, según la historia, cobraron estos indios á los europeos después que con ellos se aliaron contra los españoles, horror que hasta hoy conservan. El albino que escapa de la muerte es porque el amor de madre lo substraiga de las miradas del padre, ya que por natural querencia ó necesidad le dió de mamar, quedándose ella en el bosque durante su enfermedad. En ese caso hasta no tener el niño algunos días no volvía la madre á poblado. Pasado el primer ímpetu paterno triunfaba la madre. Hoy se logran salvar algunos albinos aun nacidos en el pueblo.

De estos niños sofocados no dicen los indios dónde vayan sus almas, como si sobre eso no hubieran pensado. De los que podríamos llamar ajusticiados, al modo que arriba dije, aseguran que esos únicamente van al infierno; y las demás gentes todas van á ver á Dios, que es *Papachunnati*: Padre por excelencia del indio. A algunos, con todo, he oído que ciertas almas van pasando por los cuerpos de varios animales, sin saber su último resultado. Tienen la muerte como castigo de Dios.

15. Sobre el 2.º mandamiento, aunque es verdad que no suelen robar cosas de valor, pero en algunos pueblos entre indios, tratándose de frutos, dicen son admirables por lo *ratas*. Sin embargo, respetan mucho el ajuar ó utensilios de cada uno. Y eso que suelen tener las cosas en sus chozones á la vista, y viven varias familias en cada choza, y no suele haber puerta que cierre la choza, ó si la hay no tiene cerrojo, de suerte que sólo sirve para atajar á los perros. Si á uno se le coge con el hurto en la mano, con sinceridad de niño lo entrega. Cosas que no son del uso del indio, bien puede uno estar seguro que no se las han de robar; y si

se perdió, es porque por curiosidad infantil la tomaron y la dejaron por ahí.

En cambio, el indio ve con muy malos ojos que uno tenga más que otro; todos han de ser iguales. Por eso trabajan todos mucho, á su usanza, y todos tienen mucho de lo propio del indio; pero al que por no trabajar no tiene y se hace ratero, lo acaban y lo pelotean de pueblo en pueblo, constituyendo su grande afrenta, si no lo matan, decirle: *Kege neka kue*, que es hombre que no ha podido asentar casa. También el que sobresale teniendo á lo *huaka*, v. gr., poniendo tienda, le quitan los géneros y aun el dinero, porque el indio no ha de tener dinero, sino efectos propios del indio, y se lo destruyen ó echan al mar, reduciéndole á un común denominador. A esa idea en gran parte obedeció el alboroto en la fundación de San Ignacio de Tupile, como se verá, pues me alojé en una tiendecita.

Mi primer cacique fué el primero (n. II) que, llevado de su educación recibida en el extranjero, puso tiendecita. Para defenderla tuvo que simular que ella era de un yanki quien le surtía de efectos, y que él la tenía para proporcionar á los indios buenos servicios, pero sin lucro. Fuese pegando ese estilo á varios de Narganá. Visto que las tiendas se multiplicaban y el mal ejemplo tomaba creces, conmovióse la indiada, y vinieron los principales caciques y prohombres de varias islas para acabar con esa corruptela; mas no pudieron, porque los varios tiendistas y sus parientes, que ya recibían provecho, se opusieron. Fuéronse los conservadores de las leyes patrias detestando el abuso, prohibiendo que se extendiese más. Por no venir á las manos quedaron en que en las demás partes no entrase ese *origo malorum*, para que no se perdiese la igualdad ni entrase la codicia. Después las tienditas admitieron ron para *huakas*, y de ahí las traslaciones de mis sucesivos solares (n. IX). De esas tienditas han salido varias contradicciones, que han dado ocasión á varios actos heroicos, que Dios mediante diremos. Carlos al empezar esta novedad lo hizo pensando que eso era *conditio sine qua non* para la civilización. Yo no pude desde el principio ir contra ellas, porque siendo de suyo cosa indiferente, requería explicaciones entonces difíciles de ser entendidas por los indios; como, por otra parte, los tiendistas fueron los primeros que se me allegaron, el atacarlos era desorientar su buena voluntad, tanto más que entonces no solía haber borracheras en las tales tiendas; y ellos pensaban que la tienda entraba como constituyente de la civilización.

16. El 3.º mandamiento de no mentir lo observan entre amigos y los súbditos con superiores; pero cuando se hacen ladinos con los extraños, aunque sean indios, es otra cosa. Sin embargo, es cierto que hay un fondo admirable de verdad y claramente dicen lo que sienten en pro ó en contra, v. gr., al Padre. Dios les conserve esta excelente cualidad. Quizá la tengan por el uso de contestar á los *absogeti*, heredado de los fiscales del antiguo misionero.

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).

MISIONES DEL PERÚ

Desde la independencia hasta nuestros días

(Continuación)

TÚVOSE el descaro de acusar oficialmente á los misioneros ante el Ministerio de Justicia de la Nación, que lejos de cumplir con sus deberes se entregaban á especulaciones opuestas á su ministerio sacerdotal; de que corrompían las costumbres en el Ucayali (1); que, por último, proponían á los infieles la desobediencia á las autoridades y el alejamiento de los centros en que aquéllas podían influir, y esto se afirmaba cuando jamás los misioneros han desdicho de su honor en el cabal cumplimiento de las leyes, así apostólicas y de la Orden como eclesiásticas y civiles del país, cuando por oponerse á la corrupción inveterada que reina en aquellos lugares, importada por sujetos fugitivos del Brasil y de otras partes, han sufrido y hoy sufren y sufrirán siempre la persecución más ó menos desatada, persecución de la que hace fe documentada y legal el archivo de la Gobernación de Sarayacu en el Ucayali; esto se dice cuando los misioneros no pocas veces se han visto en grande contingencia y peligro por querer sujetar á dichos neófitos, que sólo al misionero saben mirar sin recelo, á las autoridades constituídas; cuando han mantenido á sus expensas á los empleados públicos y han obligado á los neófitos á fabricar la casa del Gobierno y entregando á las autoridades civiles para su domicilio casas hechas con el peculio de la Misión; esto se dice cuando los misioneros empeñados en el mejoramiento social del indígena, han adoptado medidas de prudencia en unión con la autoridad civil para lograr que los neófitos volvieran á sus antiguos pueblos, los cuales neófitos vagaban por muchos años en aquellas dilatadas montañas.

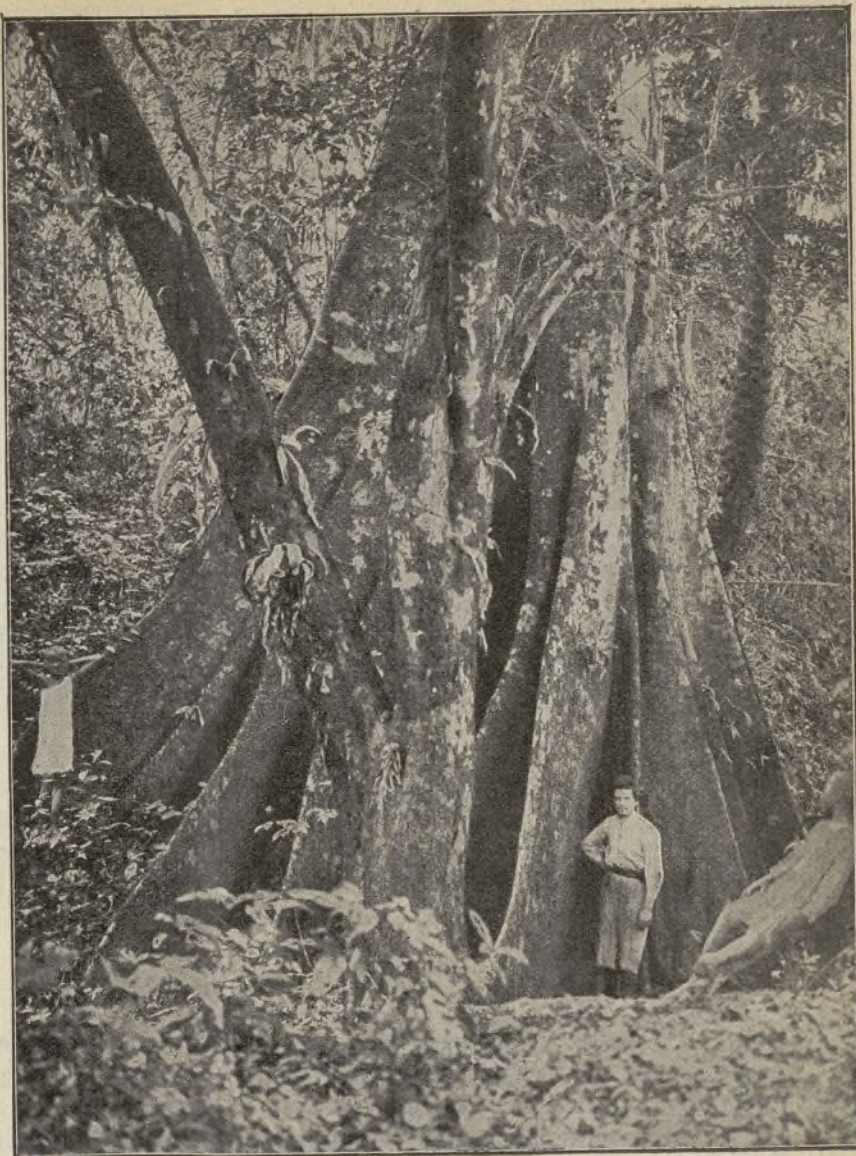
Aunque en lo material siempre fueron adelante la malevolencia con los misioneros y el desenfreno en las costumbres, quedó, no obstante, en su puesto el nombre inmaculado de aquéllos, pues al cabo de haberse ventilado todos estos cargos y motivado una campaña de actualidad en los diarios de Lima, que ó defendían, ó según su color atacaban á los misioneros, acogiendo las calumnias que venían de Oriente, el Fiscal de la Corte Suprema concluyó por estas palabras terminantes: «Lo que se dice acerca de la conducta de los Religiosos de Ocopa no parece creíble, si no se prueba de una manera fehaciente.»

El sucesor del P. Calvo en la Prefectura, P. Ignacio M. Sans, fué en una de sus excursiones acometido por los salvajes con riesgo de sucumbir, quedándole dos flechas clavadas en el cuerpo, lo que por fortuna no fué de graves consecuencias. Por este tiempo (1870) se entregaron algunos pueblos ó conversiones al Ordinario de Chachapoyas, acatando las disposiciones pontificias que les mandan entregar cuando ya están suficientemente formados. Establecieronse nuevas reducciones de infieles, pero fueron malogradas por las continuas correrías de los indios Cunibos que robaban mucha-

chos para venderlos á los blancos del Ucayali. Se intentó la reducción de la tribu de infieles amahuacas, que acaso es la más esparcida y numerosa. Era Prefecto el P. Tomás Hermoso, en 1878, cuando los misioneros emprendieron la subida del río Tamaya, afluente del Ucayali, y al cabo de un mes pudieron dar con una reunión de familias. No gastan estos indios traje alguno; corpulentos, pintado su rostro y gran parte del cuerpo en grotesca manera, armados de sus arcos iban á recibir á los misioneros. Nada hay que admirar en este aparato de guerra, pues la guerra, sea doméstica ó con otras tribus ó con los blancos, es la situación perenne, es el ambiente de todas las tribus bárbaras. Púdose con todo conseguir que depusieran semejante actitud, persuadiéndoles que trataban con los misioneros, y ellos saben que nunca el misionero se ha introducido para hacerles daño. Buen aspecto llevaba la reducción de los amahuacas, cuando á los dos años escasos de permanencia, pudieron los Padres echar de ver que el vacío se iba haciendo entre ellos y sus neófitos. Faltó la confianza, faltó la asistencia á las prácticas religiosas y catequísticas, faltaron los esmerados presentes de caza y pesca que todas las conversiones han suministrado al misionero, vióse el alejamiento con indicios de sorda maquinación, que nada bueno permitía esperar. Siempre ha sido uso en los ríos, y no es posible vivir de otra manera, que los colonos tengan sus canoas amarradas en la orilla, por la sencilla razón de *poderse mover*; esta vez, pudieron los Padres notar que sus canoas faltaban del río, ó lo que es lo mismo, *que estaban presos*. Ya no les pudo caber duda de las intenciones criminales de aquella gente. Pelear, imposible, pues ni siquiera se alcanzaba la proporción, de uno contra ciento; pero quedaba una esperanza. Los misioneros con profundo conocimiento del carácter indígena, que nada tiene de franco y muy poco de generoso, y que por el contrario, vive en perpetua suspicacia, no entraron á humo de pajas en esta empresa de la nueva conversión. Los neófitos del Ucayali, que los habían traído, tenían orden de subir cada año á visitar á los Padres y á la vez llevarles provisiones; vinieron el primer año y se volvieron sin hallar novedad. Y ahora, cuando la crisis arreciaba, cuando aun se podía esperar alguna tregua de los malvados amahuacos, que si bien hablaban de dar muerte á los misioneros, procedían sigilosamente ó no se animaban á dar el asalto, ó pretendían tal vez sitiarse por hambre á los conversores, era llegado el tiempo de la segunda venida de los fieles del Ucayali. Quiso el cielo que los sitiadores no se abalanzaran, y pudieran los Padres volver de la muerte á la vida al hacerse cargo de que con ellos estaban sus salvadores. Cobardes los amahuacas, aun en su propia tierra, no estorbaron la partida de los que ya eran sus víctimas. De bajada para el Ucayali, vieron

los Padres que subían por el Tamaya gran número de canoas con mucha gente y gran vocerío; al saludarse y hablar con los expedicionarios, dijeron éstos que iban á hacer correría entre los amahuacas. Decir correría, y espanto, sangre y desolación, como después veremos, es una cosa misma. Los misioneros vieron aquí la mano de Dios que por medio de unos paganos hacía justicia en los otros que se atrevieron á desoír la suave llamada de su misericordia. Referimos lo que más de una vez hemos oído narrar con grande unción y sentimiento al Rdm. Padre ex-Prefecto Apostólico del Ucayali, testigo presencial y actor en aquellos sucesos.

Hemos ya significado que el territorio de Misiones ó paraje de infieles en el Perú ocupa dos grandes fracciones topográficas enteramente diversas: la región montañosa ó estribaciones de los Andes, las cuales á proporción que se avanza en el interior van tendiéndose, para dar lugar á la otra, á la llanura interminable, que se desarrolla con regularidad majestuosa como amplísima sábana, en donde no se ven sino muy raras y pequeñas ramificaciones de alturas. Tal es la inmensa extensión amazónica que muere en aguas del Atlántico. Hecha esta distinción, se ve claro que las condiciones morales y económicas en una y otra parte han de ser substancialmente diversas. La región llana está cada vez más invadida de los blancos, que suben y bajan los ríos en busca de riqueza, entran las embarcaciones mayores con artículos de manufactura europea y salen con la hoy única pero abundante producción del país, el caucho, regularizando el comercio y ensanchando sus proporciones; la vida en fin es variada, activa, cosmopolita y de movimiento. La región montañosa en cambio carece de todos estos atractivos: rica es en maderas, apta indudablemente para el cultivo, pero no ha llegado en el Perú la hora de aprovechar las maderas ni la de las faenas agrícolas que prometan respetable rendimiento. Esta segunda región, por tanto, aparece más apta para las labores evangélicas, y tan es así, que los graves, los incontrastables inconvenientes que hemos mencionado, sólo tienen lugar en los grandes ríos y llanuras. Vista la casi total inutilidad de tantos empeños en regenerar el Ucayali, los Padres de Ocopa, á partir del año 1881, se han consagrado casi totalmente á la reducción de los infieles en la zona montañosa que dejamos delineada. Habrán los lectores además tomado en cuenta la nacionalidad casi totalmente española de los misioneros. Saber que basta cualquier desagrado para que en seguida se eche mano de este tópicos contra el indefenso, y que el indefenso, el Reli-



LIBERIA (AFRICA OCCIDENTAL).— *Un rey de la selva*

Reproducción de fotografía enviada por el R. P. García, de las Misiones Africanas de Lyon. Estas tierras, de las que rara vez podemos dar noticias á nuestros lectores, están evangelizadas por los celosos sacerdotes de las Misiones Africanas de Lyon, quienes luchan con grandísimas dificultades para lograr la conversión de aquellos bárbaros indígenas.

gioso, es quien sostiene la causa del bien general contra las ambiciones bastardas de los particulares; y saber, por último, que este bienhechor, portaestandarte de la regeneración, pertenece al país que hasta hace poco fué dueño y señor de la América meridional y, por lo mismo, del Perú, será más que suficiente para venir en conocimiento de los dieterios y vejaciones y amenazas que el misionero ha debido y debe soportar en su trato con gente á quien no sobra la educación, en lugares á donde se carece por entero de garantías personales y no se reconoce otra ley que la fuerza.

No es esto decir que el Perú consciente, muy penetrado de la caballerosidad legendaria de sus primeros señores, deje de acoger al misionero con benevolencia, y que no favorezca sus empeños, y se esmere en alentarlos y se muestre orgulloso al darle la hospitalidad que aquél no busca por interés propio; sino que á pesar de los buenos, que son casi todos, y á pesar de las autoridades que siempre se han mostrado correctas, y á pesar del Gobierno que jamás, desde que los Franciscanos existen en el Perú, les ha dejado de reconocer como

bienhechores de la humanidad y aun como representantes de esta Nación en los parajes de infieles que limitan con otros Estados, á pesar decimos de todo esto, el misionero, aún en la hora presente, no puede ir á desenvolver ampliamente sus energías en los grandes tributarios del Amazonas, y no puede tener paz sino resignándose á una pasividad lamentable. No es otro el motivo del casi total retiro de los Padres de Ocopa. Frente á frente con los intereses humanos, sin más medio de fuerza que la persuasión, entre personas á quienes no agradan sus obligaciones, estiman prudente recogerse y vivir cerca de los civilizados, en espera de mejores tiempos.

Entabláronse nuevamente las conversiones en aquellos mismos parajes, ya algo más accesibles, que Juan Santos había invadido con sus turbulentas huestes, saqueando y arrasando en odio á los españoles. Las dos tribus, campas y amueixas, únicas que los pueblan, han conservado, transmitida de padres á hijos, la memoria de los primitivos franciscanos. Contando con este precedente y con lo que por sí misma habla una conducta intachable, tienen hoy tan obligado al país como

en los mejores tiempos los Padres de Ocopa. Entre éstos figura el eximio P. Gabriel Sala, á quien sentimos no poder consagrar el merecido elogio; pero diremos, sin embargo, que como ninguno él tomó á pechos la reducción de los infieles á la fe y á la sociedad; él con indecibles trabajos exploró nuestras montañas, él abrió caminos que subsisten y harían honor á cualquier profesional, y lo decimos porque lo hemos visto, y los abrió sin casi gravar al Estado, y finalmente, él en 1895 verificó una expedición arriesgada y penosísima en la región del Pajonal no visitada por nadie desde que Juan Santos arruinó sus floridas conversiones, y con las noticias de este viaje y las que de antemano poseía redactó el P. Sala un informe que hoy, al cabo de quince años es de palpitante actualidad, y agregaremos que el Perú le reconoce con gratitud los servicios de la mejor época de su vida y aun el sacrificio heroico de su vida misma, pues murió consumido por incesantes trabajos, reagrados por la última expedición que lo llevó al sepulcro en edad prematura, segando en flor la vida de aquel hombre hoy acreditado con la memoria de los buenos.—FR. LEANDRO CORNEJO, O. F. M.

LOS MISIONEROS CATÓLICOS EN MARRUECOS

DEBEN SER PRIVILEGIO DE ESPAÑA

EN todas las naciones del mundo, lo mismo en Francia que en el Mogreb, en Alemania que en Italia, en los pueblos que van al frente del adelanto como en los rezagados y petrificados en antiguos moldes de cultura, la posesión, el ejercicio de derechos y costumbres seculares da firmeza á las instituciones que los ejercen, á las personas que los disfrutan, á las congregaciones que los sufren y gozan. En igual caso están las Misiones católico-españolas, que desde hace siglos envían sus virtuosos hijos á estas tierras para enseñar al católico, administrarle los Santos Sacramentos, conservar su fe entre elementos heterogéneos á sus creencias y beneficiarle con los tesoros materiales y espirituales de la caridad.

Mas con ser estos beneficios tan positivos para el creyente católico, el ciudadano español halla otros bienes en los misioneros de su propia nacionalidad y patria, que son el consejo y protección en los asuntos que le preocupan, porque siendo los Padres y Hermanos Franciscanos avezados, duchos, expertos en cosas y achaques de Marruecos, su opinión es de discreto tenerla en cuenta para salir airoso en sus empresas, contiendas y tratos con los indígenas y europeos.

Con ser tan estimables los favores que pueden proporcionar á sus correligionarios, paisanos y compatriotas, no lo son menos los que dispensan á la nación que los manda, sostiene y protege, porque mantienen el fuego sagrado del santo amor á la Patria y estrechan los vínculos de afecto y bondad entre los españoles residen-

tes en Algarbe y la Metrópoli, más sentida y amada cuanto menos se gozan sus progresos y todos los encantos de su civilización.

Esta influencia bienhechora de los misioneros á favor de España es lo que molesta á Francia en Marruecos, y quisiera suplantarla á beneficio suyo y en contra de nuestra nación, porque la partida que se juega no es del momento y á plazo corto, sino por tiempo indefinido, acaso siglos, hacia los cuales hay que mirar con ojo avizor, de lince y no de topo.

Es notorio, para quien atienda al porvenir del Mogreb, que en plazo breve estará invadido por un ejército de obreros españoles, que de Valencia, Andalucía, Murcia y Extremadura, acaso también de Aragón y Cataluña inundan estas ciudades y campos, ya para dedicarse al comercio, ya para las faenas del campo y urbanización, especialmente en estas dos tareas últimas, que son las que mejor puede desempeñar el ciudadano del mediodía de España.

Toda esa falange de obreros, generalmente campesinos y de poca cultura, sienten la Religión tanto como la Patria, y entre infieles y lejos de la tierra nativa aman á una y otra con más intensidad.

Como en la zona francesa se han de extender los obreros españoles, lo mismo que en la hispánica, pues el ibérico, ya lusitano ó español, es el europeo que mejor se adapta á este país marroquí por identidad de clima, proximidad, igualdad del cultivo, labores, frutos y cosechas, y hasta por ideales viejos que en España y Portugal se sienten hacia la tierra del moro; resultará que esa población peninsular estará necesitada en to-

das las zonas, española, francesa, internacional, de sacerdotes ó misioneros que conforten á esas millarias de peninsulares en el santo amor de Dios y de la Patria á la vez que enseñen la tolerancia y arte de convivencia honrada con moros, judíos y europeos.

Estas consideraciones de carácter real, necesarias, obligadas por el medio ambiente, impulsan al Gobierno de Francia á contrarrestar sus efectos, obligándole á salirse del cauce político en que viene desenvolviéndose hace ya algunos años.

La política ultrapirenaica ha marcado la separación de la Iglesia y del Estado, y ha expulsado las Ordenes religiosas, que solamente deja actuar en ciertas colonias por fines patrióticos y no por la Religión. Quisiera contrarrestar la actual influencia de los misioneros españoles y la que puedan ejercer en lo porvenir en el elemento español, que necesariamente vivificará la zona francesa, y á pesar de estar mal parado con la Santa Sede, rotas sus relaciones diplomáticas; á pesar de la mayor indiferencia del pueblo francés en asuntos religiosos, de ser menos católico que el español; á pesar de no tener en su ejército capellanes de regimiento, ni llevar en él sacerdotes, está hondamente preocupado del porvenir religioso católico en Marruecos.

Muy evidentes muestras de esto da en sus entrevistas con nuestro Ministro de Estado, proponiéndole la

retirada de la zona francesa de los misioneros españoles; delegando oficiosamente al diputado por París Mr. Denys Cochin para que en Roma cambiase impresiones con el Sr. Merry del Val, secretario del Pontífice, y que en Abril último conferenciase en Madrid con Mons. Vico, Nuncio de Su Santidad ante la Majestad de España.

En primeros de Junio tuvimos la satisfacción de visitar á su Eminencia el Cardenal Vico, en la que encaucé la conversación hacia este interesante asunto de los Misioneros Franciscanos españoles en Marruecos, mas apenas pude notar su opinión.

Como no solamente pretende esto la diplomacia francesa, sino alejar de Tánger á nuestros Franciscanos y á su digno superior apostólico P. Cervera, á quienes tratan de recluír en Ceuta, *El Eco de Tetuán*, siempre defensor de los intereses de España en el Mogreb, llama la atención de los políticos y diplomáticos, esperando que sus privilegiadas dotes de talento, discreción é ingenio sabrán contrarrestar las no menos preclaras de la fina y aguda diplomacia francesa.

PASCUAL MENÉU.

Tetuán, 24 de Julio de 1912.

(De *El Eco de Tetuán*).

RECUERDOS DE MI MISIÓN

Un presentimiento del niño huérfano Arakil



ERA el 9 de Enero. Bastante más tranquilo que los días anteriores, á causa del armisticio que desde el día 6 reinaba entre los combatientes, daba yo después de comer algunas vueltas en el pasillo de la casa del párroco católico de la villa de Zeitún, mientras rezaba la Corona franciscana y observaba los densos copos de nieve que la atmósfera dejaba caer aquella tarde, cuando he aquí que se me presenta uno de nuestros niños huérfanos suplicándome tuviese á bien confesarlo. «Pero, muchacho, le dije, ¿no has confesado y comulgado tres días ha?—Sí, Padre, me respondió, pero quisiera confesarme de nuevo.—Bueno, pues entonces ven mañana tempranito, y después de confesarte comulgaremos juntos en la primera Misa.» Es de advertir que yo aún seguía por aquellos días, como seguí por espacio de dos meses más, sin celebrar la Santa Misa, á causa de la herida de bala que días atrás recibiera en el brazo izquierdo, y que me obligaba á traer el brazo suspenso al cuello. El pobre muchacho, algún tanto contrariado, se retiró del pasillo, pero no sin dejar de volver á aparecer en él á los pocos instantes, diciéndome que, como tenía aspecto de caer mucha nieve aquella noche, y él dormía en una de las casas de la villa bastante distante de nuestra Residencia é iglesia, temía no hallar la calle abierta á tiempo

el día siguiente, ó, lo que sería peor, encontrarla cerrada por completo todo el día. Esto me hizo recordar que, efectivamente, aquel pobre niño no dormía ya, como yo suponía, entre los demás huérfanos, á dos pasos de nuestra Residencia, sino que desde dos semanas atrás se lo había llevado consigo su propia madre á otro lugar de la villa, á donde, según ella, no podían llegar las balas del enemigo, y en donde esperaba atenderlo más de lo que creía podíamos atenderlo nosotros los misioneros en aquellas circunstancias, al menos en lo relativo al fuego, pues no era posible encontrar leña á ningún precio en toda la población, mientras que ella, exponiendo su propia vida, saldría todas las mañanitas á las afueras á buscarse ante las avanzadas turcas aquel pequeño haz que le fuese dado recoger de los jardines y de las viñas.

Me decidí al fin á entrar en la habitación y confesar al pobre muchacho, pero no sin haber antes insistido lo dejase para el día siguiente, y haber escuchado asimismo los nuevos é inocentes argumentos con que el bendito terminó por convencerme. Una vez oído en confesión, la que dicho sea de paso duró más tiempo del que yo me suponía, siguió el niño aún entre nosotros, es decir, en la casa parroquial, entreteniéndose con algunos de sus compañeros por espacio de un buen rato. Pero la verdad es que el pobre muchacho, casi

víctima de un presentimiento, había perdido por completo aquella tarde su natural alegre y expansivo, y sin participar en absoluto á los juegos de los demás niños, sólo se mantenía entre ellos en actitud de simple espectador. Al anoecer se acercó como de costumbre á besar la mano á los misioneros y licenciarse, deseándonos las buenas noches.

La mañana siguiente apenas tuvimos gente en la iglesia. La nieve había caído en tal abundancia y tan esponjada, que nadie se atrevía á salir á las calles por temor á quedar sepultado. Era necesario antes que las autoridades mandasen la gente de costumbre á abrir paso en ellas á fuerza de pala, y esta era una operación que duraba muy largas horas. «Tenía razón el pobre Arakil, decía yo á mis compañeros mientras nos desayunábamos, refiriéndome al niño huérfano del día anterior. Se ve que el muchacho en cuestiones de atmósfera es bastante más práctico que nosotros, pues ya desde anoche preveía que esta vez la nieve había de caer en más que abundancia, y que no le había de dar lugar á venir á oír Misa y hacer la santa Comunión esta mañana.»

Y cerca del mediodía y cuando también las principales calles estaban abiertas al tránsito, el jefe de los armenios-católicos de la villa vino á comunicarnos que una de las pequeñas casas del barrio bajo se había desplomado durante la noche con el peso de la nieve, y había sepultado en sus entrañas á una familia latina (que se suponía de Mugiuk-Deresi) compuesta de madre, una niña y un niño, añadiendo á esta primera información otros detalles más que había oído de los vecinos del lugar del siniestro, con los cuales no nos quedaba ya la menor duda que las víctimas de aquella desgracia eran, como muy luego pudimos comprobar, nuestro infeliz huérfano Arakil, su madre y su hermanita. Al

punto se pusieron en ejecución todos los medios necesarios para desenterrarlos, por ver si por mera casualidad podían aún estar en vida, pero desafortunadamente no se encontró más que una masa informe, la que apenas daba lugar á reconocer las víctimas.

¡Pobre Arakil! ¡Qué bien presentía el día anterior la desgracia que amenazaba su vida! ¡Qué bien supo prevenirse para toda contingencia posible, renovando su amistad con el Todopoderoso por medio de una sincera confesión, pero *confesión general de toda su vida*, cual si estuviera seguro que había de ser la última que le tocaría hacer! ¡El Señor premiaba su buen comportamiento entre nosotros!

No olvidaré nunca las simpatías de que gozaba aquel pobre huérfano entre sus compañeros. Amado por todos, era al mismo tiempo el alivio y descanso de todos. Desde el primer día de su ingreso al orfanatrofio parece que todas sus delicias las ponía en servir á los demás compañeros; y si éstos estaban en turno para traer el agua necesaria á la Casa-Misión, él los suplía siempre que se le permitía; y si á ellos tocaba extender las camas al anoecer, él lo hacía casi siempre en su lugar; y él era el que barría y él quien asistía á los compañeros enfermos. Lleno de devoción, no era difícil encontrarlo por la noche de rodillas ante el Santísimo mientras sus compañeros dormían tranquilamente. Aplicadísimo al estudio, no sólo aventajaba á los demás huérfanos en los estudios ordinarios, sino que encontraba asimismo tiempo para aprender á tocar con relativa perfección el armonium y la flauta. Dócil en extremo, ninguno de los misioneros recuerda haber encontrado jamás el menor pretexto para penitenciarle. Indudablemente que hoy está gozando de una eternidad feliz, premio de su inocente proceder.

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

INDIA INGLESA.—MALABAR

LOS NAIRES

Es notable, curioso é interesante por demás el trabajo cuya publicación empezamos, debido á nuestro benemérito colaborador el R. P. Bruno de San José, Carmelita descalzo, celoso misionero consagrado, hace años, á la conversión é instrucción del cada día más floreciente imperio de las Indias.



UNA de las castas que más datos y curiosidades suministra al etnólogo es la casta de los Naires. El estudio de la condición social y de las costumbres que en ella privan, arrojan mucha luz sobre algunas de las cuestiones debatidas en Jurisprudencia comparativa. Así lo afirman sociólogos eminentes que han estudiado toda la organización social de los Naires de Malabar. Nosotros vamos á intentar poner al alcance de los ilustrados lectores de *Las Misiones Católicas* algunos de estos datos.

ASPECTO FÍSICO

Los Naires son uno de los más finos y elegantes tipos de la India. Sus facciones son simétricas, y el corte de cara se asemeja al del griego. Su carácter activo y enérgico contrasta con el indolente y perezoso de otras castas que con ellos conviven. A la formación de este carácter peculiar han contribuido diversos factores y circunstancias. En primer lugar, su ocupación y oficio militar. Los Naires son en Malabar lo que los Espartanos en la antigua Grecia. Son guerreros de profesión. De ahí su carácter intrépido y atrevido que se hecha de ver siempre que uno tropieza con alguno de la cas-



THIBET. — LHASSA: Vista parcial del grandioso palacio del Dalai Lama

Repetidas veces hemos dado á nuestros lectores noticias de las hasta fecha reciente misteriosas regiones thibetanas; Sven Hedin, el célebre explorador, nos las ha descrito; y siguiendo sus huellas avanzan por las altas mesetas los misioneros Lazaristas: al R. P. Corset, de esta Congregación, debemos la fotografía del suntuoso palacio del jefe de los lamas.

ta. La conservación de su fina complexión es debida en gran escala á la situación de sus viviendas. Los Naires no habitan en moradas expuestas á las inclemencias de las estaciones, sino en casas rodeadas de apretados árboles, cuyas frescas ramas entrelazadas forman una especie de dosel que las protege de los rayos del sol en verano, y de los vientos, aguaceros y tempestades, en la estación de los monzones. El tercer factor que ha jugado parte principalísima en la formación de la casta es la mezcla con los Brahmanes. Los Naires, según inteligentes etnólogos, no son sino el resultado de la unión ilícita de jóvenes Brahmanes con mujeres de la casta Sudra. Cómo pudo verificarse esta unión, dada la prohibición de intermixción de castas, lo veremos más adelante.

Los Naires son casta muy inteligente, como lo prueba el hecho de que la mayor parte de oficiales altos del Gobierno pertenece á esta casta. Uno de los jueces principales del Tribunal Supremo de Madras es Naire. Por desgracia, de esta casta no hay conversiones al Cristianismo, sin duda por aquello de que: *Deus superbo resistit*.

CONSTITUCIÓN DE LA FAMILIA NAIRE

Taravad, nombre propio con que se designa una familia, corresponde al apelativo de los romanos antiguos *gens*; mas difiere de él en que *taravad* cuenta sus descendientes de un común tronco por la línea femenina, mientras que el *gens* de los romanos lo hace por la línea masculina. Todo parentesco ó relación de sangre se cuenta por el lado de la madre. El padre

queda completamente ignorado. La familia Naire está constituida por la madre y todos sus hijos, ya varones, ya hembras, todos sus nietos por parte de sus hijas,—los nietos por parte de los hijos quedan excluidos y como excomulgados de la casta,—y todos los parientes, con tal que descendan por línea femenina, por distante y lejano que sea su grado de parentesco, todos ellos forman una familia, viven en la misma manzana de casas, disfrutan de la misma mesa y todos tienen derecho y participan de la propiedad en común, después de la muerte del tronco femenino del cual todos directamente proceden. Danse casos al presente, en estas comarcas, de familias formadas por doscientos miembros, quienes, aunque pertenezcan á diversas ramas y estén separados entre sí por generaciones, pueden, sin embargo, trazar su árbol genealógico, llegando al común tronco femenino. Cuando por agentes naturales los miembros de una familia llegan á multiplicarse de tal modo que se hace sobremanera difícil manejarlos y regirlos, el *taravad* se divide en distintas ramas, que conservan idénticas tradiciones y proceden de un próximo tronco común. De este modo se ha ido formando la gran familia Naire de Malabar. Como se ve en ella todo pertenece á la mujer, los hijos y las propiedades. El hombre está destituido de todo derecho, tanto á los primeros como á las segundas.

Mas atendida la natural incapacidad de la mujer para el manejo y administración de las propiedades y bienes de la familia, el miembro más viejo de los varones que la componen es designado por la ley como administrador y tutor legal de todo cuanto á la misma pertenece. A su muerte le sucede el varón más antiguo,

aunque pertenezca á otra distinta rama de la familia. Se le conoce bajo el nombre de *karanavan*. Sus derechos y facultades son muy limitados, y como todos los miembros de la familia están igualmente interesados en el bienestar de la misma, todos ellos vigilan sus acciones, cuidando no malversar alguno de sus bienes. No le es lícito alienar las propiedades inmuebles de la familia sin el consentimiento de todos los miembros, al menos de todos los varones y hembras adultos. La alienación de tales bienes sin este requisito es castigada con remoción de su oficio de administrador.

El *karanavan*, ó administrador, está incapacitado para poseer; los bienes que por cualquier circunstancia adquiriera, entran en el tesoro de la familia. Esta es una admirable disposición, en cuanto que por ella se pone coto á las ambiciones y usurpaciones furtivas que de otro modo se originarían. Los restantes miembros, ya varones, ya hembras, pueden con su laboriosidad é ingenio adquirirse algunos bienes, de los cuales les es lícito disponer según su capricho. Mas si alguno de ellos muere *ab intestato*, todos sus bienes entran á formar parte del tesoro de la familia.

Tal es la constitución de la familia Naire. Su principal característica y distintivo es la mancomunidad de bienes. Los que se habían imaginado que la República de Platón era una utopía, una quimera, se engañan. Aquí en Malabar tienen la realización de esa utopía. Una casta activa, enérgica, inteligente, con comunidad de bienes, de mujeres y de hijos, ¡todo común! Y esto no por espacio de un montón de años, sino por siglos y siglos. Los más antiguos viajeros que pisaron tierra malabárica, y cuyos autorizados relatos conservamos, refieren las costumbres de esta casta singular, contando entre ellas la comunidad de bienes de que hablamos. «En el continente de la India—dice Ellis en el Kural—la poliandria dicese estar aún en práctica en Orissa—antigua división geográfica que corresponde al moderno S. O. Bengal y entre algunas tribus en otras partes. En Malabar, como es bien sabido, la visión de Platón en su república ideal, es enteramente una realidad, pues las mujeres no están limitadas entre los Naires á familia ó número, sino que, después de ser consagradas por el fuego nupcial con los ritos de costumbre, ceremonia en la que cualquiera puede officiar en representación del marido, no están restringidas en sus relaciones con otro sexo, sino por sus propias inclinaciones. Mas debe constar para gloria del carácter del sexo femenino, que á pesar de la libertad concedida á las mujeres Naires, éstas rara vez cohabitan con más de una persona al mismo tiempo.» Grose, en sus «*Travels to the East Indies*,» escribe: «Entre los Naires prevalece la rara costumbre de que una mujer es común á un número de varones: y en este punto el gran poder de la costumbre se demuestra por el hecho de que rara vez se originan celosías ó disputas entre los diversos inquilinos de la misma mujer.» Kerr en sus *Voyages and travels*, dice: en virtud de las leyes de la región, estos Naires no pueden casarse: de suerte que ninguno tiene cierto ó reconocido hijo ó padre... Considerando que muchos varones tienen comercio con una mujer, los Naires no conceptúan á ninguno de los niños naci-

dos de sus mujeres como suyo propio... Esta extraña ley ha sido establecida á fin de que los Naires carezcan de mujeres é hijos en quienes poner su amor y adhesión; y de este modo, libres de los cuidados de la familia, puedan dedicarse enteramente al servicio de las armas y ocupación guerrera. Al presente danse casos de poliandria, mas solamente en las regiones apartadas de la civilización.

REFORMAS SOCIALES EN LA CONSTITUCIÓN DE LA FAMILIA NAIRE

La vida y constitución de la familia Naire, tal cual la acabamos de describir, pudo tener sus ventajas y estar perfectamente adaptada á la condición guerrera nómada de la casta; empero, á medida que ésta llegaba á fijarse en un punto dado, y adquiría terreno y suelo laborable y de ello disfrutaba en paz, ese sistema social ha venido á ser completamente perjudicial y hasta ostracista. Según lo reconocen los más inteligentes de la misma casta, todo en ella convida á la inacción, cuyo resultado final y necesario es la degradación en todos sus miembros. En primer lugar, se sienta al menos implícitamente como sistema la infructuosidad del trabajo. Según se desprende de lo que dejamos apuntado, todos los distintos miembros de la familia tienen el derecho de ser alimentados, trabajen ó no, del tesoro y bienes comunes. De este modo se mata toda iniciativa en los jóvenes de la casta. La comisión designada para preparar el bill de reforma en el matrimonio de las castas de malabar, hablando del sistema vigente entre los Naires, dice: «Con el adelanto de la educación, este sistema ha venido á ser irreparablemente inútil. El peca contra todos los principios de economía política y contra la sana vida de familia. Está basado en la doctrina de que no hay mérito en la virtud del sexo femenino y no hay pecado en la deshonestidad; y de esta doctrina sus mismos fundadores se sentían avergonzados. Librando á un hombre de la obligación de sostener á su mujer y á su prole, se sanciona la propagación abandonada de la especie y se destruyen todos los motivos de prudencia y consideración, de respeto y amor.»

Teniendo en cuenta todos estos inconvenientes y otros que no señalamos, una comisión trabaja activamente en reformar el sistema, introduciendo poco á poco, para evitar resentimientos populares propios de una nación que mira aún con cariño sus tradiciones y usos, las modificaciones más en conformidad con la naturaleza misma de la sociedad doméstica. Reconócese que la sociedad doméstica perfecta no es la ideada por Platón, sino la organizada según los principios cristianos. De este modo el Cristianismo se va infiltrando insensiblemente aun en aquellas castas que le son refractarias. Ciertamente es que los aludidos reformadores no intentan reformar sus familias para ajustarlas al tipo cristiano, sino que lo hacen impulsados, dicen, por la civilización y el progreso: como si esta civilización no fuese efecto del Cristianismo.

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ, C. D.

(Concluirá).



THIBET.—LHASSA: *Un sauce secular*.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Corset, lazarista

República del Perú

UN VIAJE DE SIETE DIAS Á TRAVÉS DE UNA TRIBU SALVAJE EN EL TERRITORIO DEL AMAZONAS, PREFECTURA APOSTÓLICA DE IQUITOS, PARA FUNDAR UNA MISIÓN QUE SE HA DENOMINADO DE JERICÓ

Este viaje lo ha realizado el celoso misionero agustino reverendo P. Fr. Laurentino Alvarez, y lo describe en las siguientes cartas dirigidas al que fué su maestro el M. R. P. Fr. Tirso López, de la misma Orden. A la bondad de este reverendísimo Padre agradecemos esta hermosa relación:



DESDE aquí, desde el mismo corazón de la tribu yahua, sita en el Oriente peruano, desde el gran *palacio* del incomparable Moncayo, voy á hacerle el croquis de un cuadro que no sé si por ser mío dejará de agradarle. De un cuadro cuyo diseño me veo precisado á dibujar, caballero en mi hamaca, con la maleta por mesa de escritorio y rodeado de unos cuantos *huahuitos* que me admiran luciendo unas pancitas más abultadas que la loma de San Cristóbal, á causa del *masato* con que madrugaron á llenar sus hambrientos estomaguitos y arrastrando sus desnudos *rabeles* por la desnuda tierra, boquiabiertos por la extrañeza que les causa el correr y el pintar de la mal cortada peñola.

Bien sé que me impongo una tarea harto difícil, no en sí misma, sino considerada con relación á quien va dirigido el *ovillo*, cuya madeja madre se hace tanto

más enmarañada cuanto más exquisito es el gusto de quienes ó quien ha de recibir la muestra del hilo.

Después de varios días de preparativos y de algunas esperanzas frustradas, llegó por fin el 31 de Mayo, martes por añadidura y día fatal para viajes y bodas, en concepto de los habitantes de esta vasta región, y nos dispusimos á marchar sin rumbo fijo ó cierto, sin paradero fijo, y sólo esperanzados en el buen carácter hospitalario de los moradores, cuyas viviendas íbamos á invadir, aunque en son de paz.

Eran las nueve de la mañana, y todo estaba en disposición de marcha. Sólo se esperaba á los cargadores, que salieron por fin del bosque, y los cuales habían de servirnos de guías por el enmarañado monte.

El día estaba espléndido, con esa esplendidez con que se dejan aparecer los plácidos días de Mayo, si bien aquí no podemos decir que el cielo se muestra diáfano azul, porque nunca se encuentra sin nubes. Sin embargo, lo repito, el día era espléndido, el sol mandaba ya sus rayos perpendiculares que producían un calorcillo que, oreado por el céfiro de la blanda brisa, hacía la vida más apacible de lo que V. pudiera creer; el reloj señalaba las once, los cargadores se tumbaron en el suelo para levantar sus cargas sobre fornidos hombros, empiezan los *adioses* de despedida; los

abrazos de los que se quedaban con las lágrimas de algunos de los que nos íbamos; al cruzarse los primeros, seguidos de fuertes abrazos con los segundos, iban acompañados de esas frases que con tanta frecuencia pronuncian las mujeres, en cuyos labios sólo están bien.

Componíase la comitiva de seis infieles yahuas con sus mujeres respectivas y sus champas correspondientes, de los jóvenes esposos D. Juan Ruíz y su señora, D.^a R. Irene de Lousa, con dos hermosos pimpollos fruto de su bendición y la servidumbre debida á su rango. Ya ve si íbamos acompañados, aunque ignoraba yo que á los pocos pasos del pueblo de Pevas (punto de partida) tendría que exclamar con el gallego del cuento: «Veníamos solos.» Y solos veníamos, en verdad, porque tal es la estrechez del senderito cabriteño, transitado casi exclusivamente por los yahuas, dueños y reyes del bosque, que, no digo pareados, pero ni siquiera seguiditos unos de otros podíamos caminar, porque son precisos para transitar estas serranías más ojos y más avizores que los del Argos de la fábula para ver el suelo que se pisa, las ramas en que se puede quedar uno preso y... las viboritas que pueden y suelen estar adormecidas en dulce balanceo sobre las hayas que formando pabellón inmenso cubrían nuestras tristes cabezas. Formaban también parte de la expedición un hermoso mastín, dos carabinas y un rifle flamánticos y bien *alimentados* para cualquier evento del viaje.

Encantador era é imponente á la vez el desfile por esta selva de amores. ¡De amores he dicho, P. Tirso! Y no me retracto de ello, de amores; selva de amores perennales, de amores divinos, porque por ella corren vagabundos un sinnúmero de errantes ovejas sin más ley que sus instintos, sin más patria que el recinto de un bosque, sin otro Dios que su cuerpo, sin más vida que la triste vida presente, y siendo cada cual rey de sí mismo y de sí mismo fiel vasallo. Selva ó desierto de amores á propósito para poder ser convertido en pensil de gloria, más hermoso y fragante que los fragantes y hermosos de Babilonia, pero no regado como aquéllos con las aguas de los ríos que se deslizan por la mansa naturaleza, ni sostenido por las pilastras, obra imperfecta del hombre, ni sembrado con flores de la tierra, flores perecederas aunque olorosas, sino asentado sobre los brazos inconfundibles del Madero del Gólgota, esmaltado con las rosas eternas del hábito divino y regado con el agua que, primero desde el Calvario en su pura realidad y después desde el alto Empíreo en sentido místico, se dejó y se deja desbordar constantemente en impetuosos raudales sobre la fuerte encina que como reina de la creación se eleva majestuosamente, aunque no siempre con la debida rectitud, en todos los continentes y en todos los climas de este globo que habitamos.

Dos horas llevábamos de camino por en medio del tal futuro edén; dos horas mortales quizá para el que tratara de recorrerlo por otros fines de interés diverso al que nos guiaba; dos horas en que el sol desde su majestático trono seguía alumbrándonos y llenando de gozo nuestras almas ávidas de aventuras, merced á cuyo ardiente anhelo hacían correr nuestras piernas sin fatigas corporales, por seguir el paso de los gamos,

nuestros cicerones, para quienes es el bosque alfombrado paseo de flores y guirnaldas. Pero era ya demasiada ventura, sin duda, y Febo se puso sus antiparras ahumadas, frunció el ceño, quiso dejarnos casi en tinieblas, y las nubes empezaron á destilar líquido *maná* en gotas tan regulares, que si no herían, por lo menos maltrataban nuestros cuerpos sudorosos, por cuya periferia empezaron á correr en amigable abrazo los humores de los poros y las destilaciones de las nubes; á los cinco minutos podíamos ya ser servidos como sopa bien remojada y mejor sazónada en el mejor restaurant parisién. Quiero decir que nos mojamos, y que tal remojón servirá de primera pausa ó cesura de mi relato.

Volvió á mirarnos el astro del día con rostro más placentero al cabo de veinte minutos, y empezaron á transpirar nuestros cuerpos el agua de que se empaparon los vestidos, pudiendo una hora después caminar con el mismo desembarazo que lo hiciéramos antes del baño.

Pero, sin duda, porque un mal nunca viene solo (si mal puede llamarse una ducha natural en pleno calor de la sangre), repitióse la borrasca, aunque no con tan mala suerte para nosotros como en el primer nublado, pues tuvimos la fortuna de encontrarnos en lugar en donde se producen ciertas hojas parecidas al helecho, aunque de mayores proporciones, y con ellas pudimos cubrarnos. Pero esta vez *binamos*, sino inmediatamente, de un modo indirecto, por las ramas que teníamos precisión de sacudir al paso. Con el rifle al hombro, la camiseta calada, las botas rotas y los pies cociditos en los calcetines y llenos de barro (y como yo venían los demás), hicimos alto á las cuatro y media de la tarde en una casa achaplanada por delante y por detrás, medio ovalada por los costados, con una entrada por detrás y otra por delante, con el aspecto interior de un horno y de un gallinero; horno por la forma, gallinero por los estrados que en ella se encontraban, por los polluelos que se pisaban en el pavimento, por... los parásitos que, fijándose bien, podía divisar cualquier curioso. Hecha toda, desde los cimientos hasta la cumbre, de palos y de hojas, está bien entrelazada para que no penetre la lluvia, con la sola luz que entra por lo que hemos convenido en llamar puertas, presentaba el aspecto de una sombría cárcel.

Y en verdad que, sino de cárcel, el oficio de hospicio bien lo desempeñaba, por el número casi infinito de criaturas que de una parte y de otra rodaban por el suelo. Y si á esto añadimos que la mayor parte de los tales angelitos se encontraban enfermos, tendremos que, á más de lo dicho, la tal vivienda podría ser un hospital. En semejante guarida penetramos, no á mudarnos de ropa, porque el hedor no lo permitía, sino para enterarnos del contenido por mera curiosidad, y buscar un sitio más propio para poder pasar la noche. Librámosnos del peso de la ropa al aire libre, y dispuso la Señora lo conveniente á sus criados para poderlos alimentar con alguna cosa que nosotros traíamos, antes de que llegara la hora del descanso obligado de la noche, y ya bastante deseado por todos. A la hora en que suelen acostarse las gallinas, sonaron los *goznes* de los portones, consistentes en lo que llamaríamos

en nuestra tierra cebata de hoja, sin otros aldabones que los sujeten que el peso ejercido por ellas sobre las demás hojas que componen la vivienda. Cerráronse, como le digo, los portones, y quedamos á oscuras en aquel antro tenebroso de por sí, sin saber dónde dirigir los pasos, hasta que D. Juan iluminó la estancia con una vela, á cuya tibia luz pudimos apreciar de un sólo golpe de vista las posiciones de todos los infelices, los cuales, tumbados unos en sus hamacas, y arrastrados otros por el húmedo suelo, formaban una algarabía atronadora con sus gritos y risotadas, porque debo advertirle que no se da conversación familiar entre ellos en que cada palabra ó frase no se celebre con risas de todos los concurrentes. No obstante de que todavía era temprano, colgamos nuestras hamacas por donde pudimos, extendimos los mosquiteros y nos ocultamos tras ellos para entregarnos al sueño, aunque por mi parte estaba bien seguro de que no había de conseguirlo mientras no se disolvieran los corrillos. Apagóse la vela que luego fué sustituida por un buen blandón de copal, colocado por ellos en el suelo, y que producía el doble efecto de alumbrar y atosigar con un humo insostenible para mí. La concurrencia no tenía trazas de retirarse; y para aligerar el peso de mi cansancio,

empezaron á correr por mi cama ciertos corpúsculos que luego pude averiguar no ser de consideración, pues se reducían á ciertos hormigueos y algunas arañas que quizá venían á darme las buenas noches, y contra quienes tuve la política del mastín que, introducido por mí en la cama, se encargó de darles pasaporte para los barrios de la muerte.

Era ya bastante tarde, y la bulla no cesaba; cerrábanse ya los párpados de mis ojos, y lo mismo debía suceder á mis dignos acompañantes, pero no se podía dormir. Aquella bulla era infernal; y cuando yo creí verla disipada al notar cierto movimiento, la encontré más aumentada por una nueva nota que apenas si podré describirle, aunque quiera hacerlo en los términos más realistas. Notóse cierto movimiento, he dicho, que consistió en un paso atrás de todos menos de uno que lo dió hacia adelante en cucullas, quedando separado de los demás. ¿Quién será ese personaje, me pregunté, que así se disgrega, y lleva en su cuello el distintivo de un pañuelo colorado? Levanté el mosquitero para observar todo lo que de curioso se representara por allí, porque curioso debía ser para mí por lo menos, al ver los trámites que llevaba.—P. FR. LAURENTINO ALVAREZ,

(Continuará).

Agustino.

BIBLIOGRAFÍA

El Cielo. Opúsculo compuesto por el R. P. Ruiz Amado, S. J.—En 8.º, con 80 páginas, pesetas 0'50.

Es menos común de lo que convendría entre cristianos el pensamiento y la idea exacta acerca del Cielo que esperamos.

A este inconveniente ha tratado de ocurrir el P. Ruiz Amado, exponiendo con amenidad lo que sobre el Cielo nos enseñan la fe y la razón, sin olvidar las observaciones encaminadas á conciliar las ideas tradicionales sobre el Cielo cristiano, con las enseñanzas y progresos de las ciencias modernas.

Es librito que ninguna persona culta debería dejar de leer y meditar para su provecho y consuelo.

La Educación femenina, recientemente publicada por el Padre R. Ruiz Amado, viene á trazar las orientaciones, tan necesarias, para encauzar la educación de la mujer en las nuevas y difíciles circunstancias que le ha creado la moderna cultura.

En sus breves y amenas páginas se establece la diferencia entre la educación de la mujer y de los varones; la necesidad de atender al desarrollo físico é intelectual de la primera, y el carácter realista que debe tener su instrucción, si ha de habilitarla para vadearse en la moderna sociedad, que le ofrece tan pocos recursos y tan graves peligros.

Al fin se trata de una manera fundamental el problema de la coeducación de los sexos.

Un tomo en 4.º, con 224 páginas; en rústica, 2 ptas.; en tela inglesa, 3.

La Rda. M. Juana E. Stuart, Superiora General de las Religiosas del Sagrado Corazón, se ha puesto de una vez en primera línea entre los modernos escritores de Pedagogía, con su interesantísimo libro, publicado en dos ediciones inglesas, y traducido en pocos meses á todos los idiomas cultos, *La Educación católica, especialmente de las niñas*.

En estos últimos cincuenta años no se ha escrito—si por ventura se exceptúa el de Foerster—otro libro más original, más lleno de direcciones prácticas y fecundas para la educación de la niñez que el de la M. Stuart. Aunque escrito principalmente para la educación de las niñas católicas, ha sido

muy aplaudido por la prensa de todos los matices y profesiones religiosas, y su doctrina no es menos luminosa para dirigir la educación de los niños. Por lo cual deberían leerlo y meditarlo asiduamente todas las personas que á la educación se dedican.

Un tomo en 8.º, de cerca 300 páginas; en rústica, 3 ptas.; en tela inglesa, 4.

Agradecemos respetuosamente al ilustrísimo señor Obispo de Jaca el ejemplar con que nos ha favorecido de su conferencia *La batalla de las Navas y la batalla contra el Socialismo*, leída en la Semana Social celebrada para conmemorar el centenario de las Navas: es notable como salida de tan docta pluma y rica en prácticas enseñanzas.

Del popular folleto de actualidad *La Grande Obra*, redactado por el Rdo. P. José Dueso, Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, folleto cuyo mejor elogio está hecho diciendo que es uno de los que más han contribuido al consolador movimiento en pro de la buena prensa, hemos tenido el gusto de recibir el ejemplar número 72,400 de la numerosísima cuarta edición, que viene notablemente aumentada.

Práctica piadosa para recitar el Santo Rosario. Esta práctica, propuesta en francés por el Rdo. P. Eduardo Melou, S. J., consiste en añadir al anunciado de cada Misterio un breve pensamiento para Jesús y María y una también breve súplica para nosotros y nuestros semejantes. Este hermoso opusculito, que complacerá á todos los devotos del Santísimo Rosario, ha sido traducido al castellano para utilidad y devoción de muchos, por el conocido Rdo. P. Longinos Navás, de la Compañía de Jesús. Se vende en la Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona, á los precios de 10 cént. ejemplar; diez ejemplares, 75 cént.; cien, 6 ptas.; y mil, 55 pesetas.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

Variedades

AFRICA.—LITERATURA NEGRA

(DE LA CIMBEBASIA)

El Conejo, el León y la Tortuga

(FÁBULA)



El conejo tenía una cabra, pero no tenía macho-cabrío; el león á su vez tenía un macho cabrío, pero no tenía cabra.

El conejo un día se dirigió á casa del león y le dijo:

«—Compadre, préstame tu macho-cabrío y cuando mi cabra tenga pequeños, te lo devolveré.»

El león aceptó, y el conejo llevóse el macho á su casa.

Cuando los cabritos se hubieron multiplicado suficientemente, el conejo cogió el macho-cabrío, un cabrito y una cabrita y se los llevó al león, diciéndole:

«—Aquí tienes tu macho-cabrío y estos dos pequeños en pago de tu préstamo.»

El león lo pensó y dijo:

«—No estoy conforme. Dame todos los pequeños, pues todos son hijos de mi macho-cabrío.»

El conejo contestó:

«—¡No! los pequeños son hijos de mi cabra.» A lo que el león replicó:

«—Pues voy á quitártelos todos.»

El conejo se opuso, y ya iban á llegar á las manos cuando el conejo dijo:

«—Reunamos á los ancianos; expondremos el caso ante ellos, y ellos resolverán de quién son los pequeños.»

El león aceptó esta solución; y la misma tarde el conejo corrió á advertir á los ancianos de los animales y les dijo:

«—Mañana muy pronto, debéis comparecer todos en el tribunal del león, él es quien lo manda.» Todos prometieron acudir.

Pasó también por casa de la tortuga y le dijo:

«—Vengo á advertirte que vayas mañana muy pronto á casa del león, donde nos querellamos ante todos los ancianos.»

La tortuga le preguntó:

«—¿Cuál es el objeto del litigio?»

El conejo entonces la puso al corriente del suceso, á lo que contestó la tortuga:

«—¡Muy bien! ¡Hasta mañana!»

La noche es buena consejera.

Al día siguiente de madrugada, todos los ancianos se hallaron reunidos en la habitación del rey de los animales, sentados al redor del león y del conejo, sólo faltaba la tortuga.

Iba siendo ya muy tarde y la tortuga no llegaba. El león impaciente tomó la palabra y dijo:

«—¿Por qué esperar más tiempo á esa loca de tortuga? Empecemos la sesión y acabemos de una vez.»

Pero el conejo contestó:

«—¡No! el jurado no está completo; esperemos á la tortuga, no podemos empezar sin ella.»

El león tuvo que conformarse y tener paciencia.

Los animales hablaban entre sí acaloradamente: unos, los caciquistas, defendían al león á capa y espada, ¿por qué? pues porque era el más fuerte y tenían el contundente zarpazo que acabase con todas las agudezas de los más razonables cerebros irracionales; otros, los jóvenes, los regionalistas, daban la razón al conejo, fastidiados de oír llamar rey al león y de ver que siempre se fallaban en favor suyo todos los pleitos.

Amenazaba acabar la disputa á mordiscos y zarpazos cuando, andando despacio estirando el cuello y mirando curiosa á uno y otro lado, llegó la señora tortuga.

El león enojado la dijo:

«—¿Ahora vienes? ¿es ésta la hora de venir?»

Pero ella se excusó diciendo:

«—Dispensadme: he tenido que asistir á mi padre quien, esta mañana, ha dado á luz.»

Los animales encontraron mala la chanza, y dijeron enojados:

«—¿Dónde y cuándo has visto tú que un macho dé á luz?»

«—Pues entonces, replicó la tortuga, ¿por qué me habéis convocado? ¿No se pretende aquí que los cabritos sean hijos del macho-cabrío?»

Al oírla, todos los animales á una se levantaron y exclamaron:

«—¡Esta es la verdad! Para esto no valía la pena de convocarnos.»

No se deliberó más. La tortuga falló: el león perdió hasta los dos cabritos que le regalara el conejo; y los animales se retiraron cada uno por su lado.

RECOGIDO POR EL P. BATTEIX,
Superior de la Misión de Caconda.

LIMOSNAS

para coadyuvar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

CUARTO TRIMESTRE

Ptas. Cts.

Para las Misiones más necesitadas

Elgoibar.—D. Pedro J. Alcorta..... 1 40

Tipografía Católica, Píno, 5, Barcelona.—1912